

Religión y Estado en el monacato oriental. Muhammad

José María BLÁZQUEZ MARTÍNEZ

Real Academia de la Historia
Catedrático Historia Antigua UCM

RESUMEN

El Imperio Bizantino mantuvo relaciones frecuentes con los monjes orientales. Los emperadores, las emperatrices y los altos funcionarios del Imperio favorecieron a los monjes, pero también se entrometieron en los asuntos típicamente eclesiásticos, como en las herejías, imponiendo su voluntad. Muhammad heredó muchos aspectos religiosos del monacato oriental cristiano.

Palabras Clave: Estado bizantino, monjes orientales, intromisión, herejías, herencia monacato, Muhammad.

ABSTRACT

The Byzantine Empire had frequently relationship with the Oriental monks. The emperors, the emperatrices and the public officials of the Empire treated favourably the monks, but as well they interfered in typical ecclesiastical matters, like in the heresies, to put their willpower. Muhammad received many religion aspects from the Oriental christian monasticism.

Key Words: Byzantine Empire, Oriental monks, interference, heresies, monasticism inheritance, Muhammad.

Jesús (Jm.18.30) defendió la más absoluta separación entre el Estado y la Religión, al decir al representante del poder romano: “Mi reino no es de este mundo”. Esta afirmación es una idea revolucionaria, pues desde que aparecieron los grandes Estados-Ciudades en el Oriente, en el tercer milenio a.C., la religión fue una religión de Estado. A ningún escritor cristiano en los tres primeros siglos se le ocurrió la idea de convertir el cristianismo en religión estatal. Teodosio I fue el que convirtió el cristianismo ortodoxo en la única religión del Imperio Romano. Los emperadores del s. IV, salvo Juliano, fueron cristianos, ya arrianos, como Constancio II y Valente, ya ortodoxos, como Graciano, pero no dieron el paso funesto que dio Teodosio I. Graciano renunció al título de *pontifex maximus*, de la religión pagana, que pasó a los obispos de Roma. Aunque estos emperadores, desde Constantino, fueron cristianos y favorecieron la causa cristiana, sin embargo no convirtieron el cristianismo en religión estatal. Es verdad que con Constantino I empezó el cesaropapismo¹. En este trabajo se estudian las relaciones del monacato oriental, uno de los movimientos espirituales más importantes del cristianismo y de todos los tiempos. Se estudian estas relaciones, primero en los

¹ Ch. Pietri, *La nascita di una cristianità (250-430)*, Roma, 2000, 301-324.

monjes de Constantinopla, como introducción a las relaciones del monacato oriental. Las relaciones son contactos diferentes: del emperador con los monjes; de éstos con el emperador, y de los altos funcionarios del Estado bizantino con los monjes. Estas relaciones no sólo tocan aspectos religiosos, sino también políticos, económicos, sociales e incluso militares. Sin estudiar estas relaciones no es posible conocer bien el funcionamiento de la sociedad bizantina y del influjo que tuvo en siglos posteriores.

En realidad, en este período se daba un cesaropapismo fundado teológicamente por Eusebio de Cesarea. Consiste en la identificación del poder civil y eclesiástico en una sola persona, que asume las funciones y el poder propio de los emperadores y de los obispos. Este concepto explica el comportamiento del emperador en sus relaciones con los monjes.

El Estado y los monjes de Constantinopla. Hypatios

El primer caso de esta relación se lee en la *Vida de Hypatios* (III), de Callinicus, discípulo del protagonista, que se sirvió para redactar su biografía, de los recuerdos de los monjes. Un soldado de Constantinopla, de nombre Jonás, armenio de nacimiento, quiso hacerse monje. El tribuno de la cohorte le negó licenciarse del ejército. Un día, el soldado, armado de valor, acudió directamente al emperador Arcadio (383-406), y le indicó que quería servir a Cristo, pues antes había servido al emperador. Éste ordenó licenciarle. El soldado dejó Constantinopla. Se fue a la montaña que se encontraba no lejos de la iglesia, y se presentó a Hypatios, que le aceptó. Jonás tenía 20 años cuando se hizo monje.

Hypatios mantuvo una gran amistad con un cubiculario de nombre Urbicius, como cuenta Callinicus en la *Vida de Hypatios* (XII). Un cierto personaje, de nombre Aetius, era rico y era maltratado por su hermano, que pretendía matarle. Urbicius le confió a Hypatios. Los esclavos de Urbicius indicaron a su dueño que si moría en el monasterio, éste heredaría todos los bienes del difunto. Esta razón movió a Urbicius a reclamarlo para quedarse con sus tierras. Hypatios se negó a entregarlo hasta que sanara, pues se encontraba enfermo, pero le prometió entregarlo sano y que no se quedaría con nada de sus bienes. Aetius murió después de sanar y de permanecer algún tiempo en el monasterio. Urbicius se quedó con la fortuna del difunto. Agradecido se presentó a Hypatios con presentes, que éste no aceptó, pero sí que se restaurara el monasterio, la iglesia y las celdas de los monjes. En la *Vida de Hypatios* (XV) se cuenta otra relación con el cubiculario Urbicius. Sanó, untándole de óleo bendito, a un esclavo de éste que era hemipléjico. Hypatios se relacionó con esclavos de altos funcionarios de la corte imperial. Callinicus cuenta en *La vida de Hypatios* (XXI), que cuatro esclavos del ex cónsul Monaxios, que era un alto funcionario del Imperio, pues desempeñó el consulado en el año 419. Antes, en 408-409, había sido prefecto de Constantinopla, y en 412, 414 y de 416 a 420 prefecto del pretorio², quisieron hacerse monjes, lo que aceptó Hypatios. Monaxios los reclamó utilizando el correo, pues no mantenía lazos fami-

² Se ha seguido para las bibliografías de los monjes: A.J. Festugière, *Les moines d'Orient* I-III, París, 1961-1963. Agradecemos a los profesores A. González Blanco, de la Universidad de Murcia; J.M. Abascal,

liares, ya que posiblemente había nacido de una esclava de Monaxios o de su padre. Hypatios se negó a entregarlos, alegando que eran de Dios, ya que se habían refugiado en el monasterio. Monaxios determinó visitar personalmente a Hypatios y reclamarle los esclavos. Hypatios le contestó que si miraba la situación con ojos no humanos, sus esclavos no eran esclavos suyos, sino sus compañeros de esclavitud, pues pertenecían al padre común. “Vas a inflamar –le dijo– la cólera divina contra ti”. A partir de ese día no tuvo más el atrevimiento de impedir que sus esclavos sirvieran a Dios. Antes, el hagiógrafo de Hypatios, añade un dato importante para conocer el funcionamiento del dueño con sus esclavos, ya conocido por otras fuentes y por el Derecho. A uno de sus esclavos, de nombre Pablo, le torturó, le encadenó y le encerró vigilado por un soldado. Un segundo dato, que indica cómo funcionaba esta sociedad profundamente religiosa –también recogido en la *Vida*–, es que un ángel se le apareció de noche, le rompió las cadenas y le abrió las puertas de la prisión, como sucedió a Pedro (Act. 16.22, ss.) y sacó a los otros esclavos, que quedaron libres.

En el monacato, las apariciones nocturnas de ángeles, de demonios, eran muy frecuentes. A Santa Margarita de Alacoque se le aparecía Jesús y le contaba lo escrito por Agustín. A la monja Agreda se le aparecía la Virgen y le informaba de su vida, siguiendo los Evangelios apócrifos de la Virgen; al cura de Ars y a Juan Bosco se les aparecía el demonio, etc.

En la *Vida de Hypatios* (XXII) se recogen otros casos de relaciones de Hypatios. El *comes sacrarum largitionum* de los años 429 a 431, Zoanes³, que estuvo a punto de ser nombrado *magister militum*, cuando le llegó la muerte llevó a Hypatios a su hermano, de nombre Athelaas, que estaba muy enfermo por culpa de un cruel demonio. Cualquier enfermedad o acontecimiento malo, se atribuía al poder del demonio. Se acudía a los líderes del monacato en busca de curación, con gran fe en el poder de los monjes, considerados como siervos de Dios, y se sanaban muchas veces después de ser untados con óleo bendito⁴. La mayoría de las veces debía tratarse de

de la Universidad de Alicante, J. Cabrero, de la UNED, S. Montero, de la UCM, Soha y M.J. Viguera, de la UCM, las indicaciones sobre puntos concretos de este trabajo, incorporados al texto. Sobre Bizancio: K. Weitzmann (ed.), *Age of Spirituality. Late Antique and Early Christian Art. Third to Seven Century*, Princeton, 1979; A. Bank, *Byzantine Art in the Collections of Society Museums*, Leningrad, 1977; M.A. Crippa, M. Zibawi, *L'arte paleocristiana. Visione e Spazio dalle origine a Bizancio*, Milán, 1988; A. Graban, *La Edad de Oro de Justiniano, desde la muerte de Teodosio hasta el Islam*, Madrid, 1966; I. Peña, *L'arte cristiano de la Siria bizantina (siglos IV-VII)*, Milán, 1995; H. Stierlin, *Orient byzantin. L'art antique au Proche Orient. De Constantinople à l'Arménie et de Syrie à Éthiopie*, Friburgo, 1988; T. Velmans, V. Korac, M. Suput, *Bizancio: El esplendor del arte monumental*, Barcelona, 1999; M. Zibawi, *Orienti Cristiani*, Milán, 1995; S. Brork, *Syriac Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984. Sobre el monacato oriental, véase: P. Brown, *Society and the Holy in Late Antiquity*, Nueva York, 1982; F. Halkin, *Saints moines d'Orient*, Londres, 1973. Sobre el monacato sirio, que debió conocer Muhammad, véase: I. Peña, *La desconcertante vida de los santos sirios (siglos IV-VI)*, Salamanca, 1985; I. Peña, P. Castellana, R. Fernández, *Les cénobites syriens*, Milán, 1983; A. Vööbus, *A History of asceticism in the Orient II*, Lovaina, 1960; B. Chiesa y otros, *I primi arabi*, Milán, 1994. Hemos dedicado al ascetismo oriental varios trabajos: J.M. Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid, 1998, 219-413, 525-566; J.R. Mattingly, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, Cambridge, 1980, 764-765.

³ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 204.

⁴ Sobre el papel del aceite entre los monjes, véase: J.M. Blázquez, *El Mediterráneo y España en la Antigüedad. Historia, religión y arte*, Madrid, 2003, 589-618; R.C. Gregg (ed.), *Arrianism. Historical and Theological Reassessments*, Philadelphia, 1985.

enfermedades psíquicas que admitían fácil curación. Zoanes acudió a Hypatios ofreciéndole gran cantidad de oro, que el asceta rechazó, lo que impresionó mucho a Zoanes, que se pasó la vida alabando a Hypatios. El hermano permaneció algún tiempo en el monasterio, hasta que curó. Muerto Zoanes, le sucedió en su cargo.

Aunque no se trate ni del emperador ni de altos magistrados de la corte, cabe recordar un caso contado por Callinicus en la *Vida de Hypatios* (XXVIII), un suceso que demuestra que acudían al asceta gentes de los más variados estratos de la sociedad. Un palafranero del *cursus publicus* estaba enfermo; acudió a Hypatios, que no le pudo curar, pues no confesó su pecado, que le indicaron durante la noche cinco demonios. El palafranero, que estaba casado, era adúltero, lo que ocultó a Hypatios, el cual profetizó su muerte a los tres días.

Sin embargo, las relaciones de Hypatios con el poder imperial obedecen, frecuentemente, a la aparición de las grandes herejías. La primera vez fue con motivo de la herejía de Nestorio. Según cuenta Callinicus (*V. Hypatios* XXXII), el asceta predijo la deposición de Nestorio⁵, que iba a ser nombrado obispo de Constantinopla, por gestiones de ciertos laicos, lo que era una ingerencia de los laicos en un asunto estrictamente eclesiástico, como era el nombramiento por unos pocos laicos del obispo de Constantinopla. El *magiste militum per Orientem*, cónsul del 429, Dionysios, llevó a Nestorio, que sólo desempeñó su cargo de obispo durante tres años, hasta 431. Nestorio se rió de esta predicción y, nada más tomar posesión de su cargo, envió a unos monjes a decir a Hypatios que su predicción había resultado falsa, y que iba a gobernar durante 20 años en Constantinopla. Una segunda embajada de Nestorio a Hypatios pretendía cogerle en algunas afirmaciones inoportunas o peligrosas. No lo consiguió, lo que obligó a Nestorio a no enviarle más embajadas. Cuando Nestorio empezó a destapar sus opiniones contrarias a las de la Iglesia, Hypatios borró su nombre de los dípticos de los Santos Apóstoles, para que no fuera recitado durante el sacrificio de la misa. Nestorio solicitó de Eulalios, obispo de Calcedonia del que dependía el monasterio de los Santos Apóstoles donde vivía Hypatios, que no se quitara su nombre. Eulalios le reprendió su conducta, pues tenía poder sobre él. Para Hypatios esta amenaza carecía de valor. El concilio de Éfeso depuso a Nestorio. Hypatios vio en sueños al ángel del Señor, que le sugirió que planteara al emperador Teodosio II (408-450) que se pronunciara sentencia contra Nestorio, lo que Teodosio II hizo. El decreto del emperador se leyó delante de los clérigos, del pueblo y de Hypatios.

La relación de Hypatios con el prefecto de Constantinopla, entre los años 434 y 435, de nombre Leontios⁶, vino motivada por pretender éste, en el teatro de Calcedonia, restaurar los Juegos Olímpicos, que eran rituales en honor de los dioses, y que los emperadores precedentes y Constancio I habían suprimido como paganos. Definitivamente se suprimieron en 392.

La prohibición de los espectáculos por parte de la Iglesia, era antigua. Tratados contra los espectáculos publicaron Tertuliano y Noviciano. Todavía, a mitad del s.

⁵ Sobre las herejías de Arrio y de Nestorio, véase: Ch. y L. Pietri (eds.), *La nascita di una cristianità (250-430)*, 248-271, 471-508.

⁶ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 670-671.

V, el sacerdote Salviano de Marsella tiene plena conciencia de que son rituales paganos⁷.

A partir del s. III el teatro había entrado en decadencia. En el Bajo Imperio se había convertido en un espectáculo de variedades, en el que se presentaban mujeres desnudas, como afirma Juan Crisóstomo en las *Homilias* (VI.7; VII.6) de Mateo, que posiblemente se predicaron en Antioquía en el año 390. Igualmente menciona el orador sagrado a mujeres desnudas dentro de piscinas, que se exhibían ante todo el mundo. Esto se representa en una pintura del palacete omeya de Qusayr 'Amra, en el desierto jordano⁸, de fecha discutida. Una propuesta es la fecha comprendida entre los años 724-748. Procopio, en su *Historia Secreta* (IX, 11-14; 18, 17-25), acusa a Teodora, la esposa de Justiniano, de que era tan descocada de jovencita, que se presentaba a los hombres totalmente desnuda. Los textos alusivos a la actuación de mujeres desnudas en los espectáculos, abundan. Lactancio (*Div.Iust* 1.10) alude a los juegos en honor de Flora, en los que se desnudaban las mujeres. El poeta Claudio Claudiano, contemporáneo de Juan Crisóstomo, en su panegírico *De Manlii Theodoris Consulati*, 331-332, redactado en 398, menciona representaciones mímicas en el agua en las que participaban jóvenes desnudas que, al nadar, formaban con sus cuerpos lascivas barcas. En las fiestas indecentes de *Maiumas*, celebradas en honor de Venus y de Baco, de tanta aceptación en Siria, que se celebraban cada tres años según Libanio (341-393); durante cinco o más días (*Timoc.* 16.20) o según Teodoreto (390-356?) cada siete (*HE* III.10), y según Malala, autor del s. VI, durante treinta días (*Chron.* XII), se celebraban escandalosos festivales con representaciones obscenas y procesiones con antorchas. No es extraño que Juan Crisóstomo arremetiera duramente contra los teatros (*Contra circenses ludos et theatros*), sermón predicado en 399 en Constantinopla, indignado porque el Viernes Santo se celebraban carreras de caballos y el Sábado Santo espectáculos de teatro, y la iglesia se encontraba vacía.

Hypatios tomó la decisión de ir con veinte mujeres al obispo Eulalios y le comunicó la decisión de ir al teatro y de morir antes de que se celebrasen los espectáculos. El obispo estaba indeciso. Primero pidió a Hypatios que expusiera las razones para prohibirlos. Después le dijo que nadie forzaba a hacer sacrificios a los dioses y le aconsejó que estuviera tranquilo. Hypatios le objetó que el pueblo cristiano ignorante se sentiría inclinado a adorar a los ídolos, que Cristo sería ultrajado y que iría con los monjes ante el prefecto, que presidiría los juegos para arrojarlo desde lo alto de su asiento y que moriría con los monjes antes que permitir que se celebraran. En otras ocasiones, con frecuencia el obispo le había insultado y despreciado. Hypatios acudió a los archimandritas y les rogó que combatieran con él, si no morirían por Dios. Todos le obedecieron. Leontios, ante la situación creada, pretextó una enfermedad y se marchó a Constantinopla sin ejecutar lo que había planeado. Los monjes, con cierta frecuencia, eran molestos al emperador. Teodosio I los expulsó de

⁷ J.M. Blázquez, *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid, 1990, 216.

⁸ J.M. Blázquez, "La herencia clásica en el Islam: Qusayr 'Amra y Quasrt al Hayr al Garbi", *Europa y el Islam*, Madrid, 2003, 73-78, G.W. Bowersock, *L'ellenismo nel mondo tardoantico*, Roma-Bari, 1992, 109-129, 144-145.

Constantinopla. Contra ellos legisló Teodosio, en 390 (*C.Th.* XVI, 3.1), y dos veces en 392 (*C.Th.* XI, 31 y XVI, 3.2). Eulalio, a partir de este suceso, reverenció como un padre a Hypatios. Este acontecimiento es importante bajo varios aspectos. En una fecha tan avanzada en el Oriente, que estaba mucho más cristianizado que el Occidente, había altos funcionarios paganos que no estaban dispuestos a cumplir las decisiones antipaganas de Teodosio I. También indica el fanatismo religioso de los monjes, que estaban dispuestos a morir e impedir la ceremonia pagana. En tercer lugar, prueba que todavía los Juegos Olímpicos se consideraban rituales paganos. Este carácter religioso pagano de los Juegos se los señaló Eusebios, que estaba perfectamente informado de los Juegos, y envió a Hypatios una descripción de los mismos por escrito.

En otros capítulos de la *Vida de Hypatios*, como en los capítulos XXVIII y XLIII, habla Callinicus de las relaciones de Hypatios con los paganos y con los magos.

Las relaciones amistosas de Teodosio II y de Hypatios continuaron amigables, según cuenta la *Vida de Hypatios* (XXXVII). El emperador, cuando por segunda vez vió a Hypatios, se echó en sus brazos. Teodosio II le escribía frecuentemente como a un padre y le solicitaba que le respondiera. Hypatios le contestaba y le enviaba su bendición. Las tres princesas hermanas del emperador, Pulqueria, Marina y Arcadia, ardían en deseos de ver a Hypatios. Se fueron a palacio, que estaba próximo a la iglesia de los Santos Apóstoles, y le pasaron un mensaje solicitando que fuera a verlas. Si no podía, irían ellas a verle para que las bendijera. Hypatios acudió. Quedaron edificadas por sus exhortaciones; las bendijo, oró y se retiró. Este suceso indica bien el gran prestigio que los líderes del monacato gozaban en la corte, y que el emperador estaba relacionado con ellos continuamente.

Nestorio, igualmente, tenía gran prestigio en Constantinopla, entre toda la población. La *Vida de Hypatios* (XXXIX) cuenta que frecuentemente acudían a Hypatios gentes constituidas en dignidad, peregrinos, piadosos y ascetas, que solicitaban que, si era posible, volviese Nestorio a Constantinopla. Hypatios se negaba rotundamente a hacer esta gestión, pues sus enseñanzas son la preparación del Anticristo, y que los que siguen sus doctrinas son impíos, audaces y arrogantes. Los ortodoxos caminan por el camino de la verdad, conservan la fe transmitida por los Apóstoles, que hay un solo Dios en Tres Personas; único el poder; única la deidad; único el reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Verdadera es la encarnación del Monogene, que se hizo carne a partir del Espíritu Santo y de la Virgen María. Se ha mostrado en carne y ha sido crucificado por nosotros, que nos resucitará con él y nos volverá a la beatitud original. Esta confesión de fe, en parte, está sacada del símbolo del Concilio de Constantinopla I, celebrado en 381. esta narración prueba el papel desempañado por los monjes; el mantenimiento del dogma y que los condenados en los concilios siempre contaban con apoyos en todos los estratos sociales.

Hypatios también se relacionaba con personal subalterno de las altas magistraturas. Callinicus (*V. Hypatios* LX), recoge el siguiente suceso: un secretario del prefecto del pretorio, de nombre Egersios, perdió sus archivos. Era pagano y estaba determinado a hacerse cristiano, si aparecían. Acudió a Hypatios, que le profetizó que aparecerían, lo que sucedió. Instaló a un familiar en el puesto de secretario. Llevó una vida austera y piadosa. Abrió una hostelería. Cada día hospitalizaba gran

cantidad de monjes y de pobres, y hacía distribuciones de alimentos gracias a los recursos que Dios le había dado de su campaña militar. Estas fundaciones y entregas de oro, de las que se recogen en las vidas de los ascetas multitud de casos, en agradecimiento por favores recibidos, debían tener una gran importancia social. Había una gran cantidad de pobres, que quedaron socorridos por estas fundaciones y limosnas. Se ha calculado que en Constantinopla, de una población de 100.000 almas, la mitad eran pobres.

Otras narraciones de sucesos describen bien la realidad de la vida de Constantinopla. La *Vida de Hypatios* (XLI) cuenta que un archimandrita, de nombre Alejandro, originario de Anatolia, se estableció con cerca de cien monjes en Constantinopla. Era muy celoso y reprendía a los magistrados por las faltas cometidas. Los magistrados, por decisión tomada por unanimidad, le enviaron a su patria. Alejandro, con sus monjes, encontró refugio en la Iglesia de los Santos Apóstoles, junto al monasterio de Hypatios. El obispo, en virtud de la decisión de los magistrados, envió una gran multitud para arrojarlos del lugar, como hicieron. Alejandro fue herido. Cuando los partidarios iban con Alejandro, que no podía caminar a causa de los golpes recibidos a lo largo del monasterio, Hypatios, que había salido fuera, los retuvo y los hizo entrar en el monasterio. Les dio de comer y curó sus heridas. El obispo de Calcedonia envió a decir a Hypatios que, puesto que había recibido a Alejandro, al día siguiente sería arrojado con él. Hypatios le respondió que si tocaba a Alejandro, se tocaba la pupila del ojo de Dios. Por la mañana, el obispo envió a los decanos de los *martyria*, los pobres, los trabajadores de los talleres, los clérigos y los muleros, para que Alejandro e Hypatios tomaran el camino del destierro. Los campesinos enfadados, enviaron a decir a Hypatios: “ordénalo, nos juntaremos y los arrojaremos”. Hypatios se opuso a esta petición. Como los monjes eran sacerdotes y cada uno podía llevar consigo un libro como recuerdo para el viaje, apareció un lictor de palacio a caballo. Un notario preguntó a cada uno su nombre. La emperatriz le había enviado para conocer quienes eran los que arrojaban a los servidores de Dios. Oído esto, se enfurecieron, huyeron y no quedó uno solo. Después de este suceso, un pelotón importante de soldados los custodió hasta un monasterio. Hypatios los socorrió. Después se marcharon, y a una distancia de 15 millas, construyeron un amplio monasterio que habitaron 300 ascetas.

Este acontecimiento describe bien los roces que a veces tenían los monjes con los magistrados, debido a las críticas que les hacían; al papel ambiguo de ciertos obispos, sobre todo cuando intervenía el poder, que no apoyaban a los monjes, y el apoyo que los líderes del monacato daban a otros monjes. Es un cuadro vivo de la situación, que se debió repetir con frecuencia. El emperador se vio obligado a intervenir con el deseo de mantener a sus súbditos en paz, entre obispos y monjes.

Mujeres de la alta sociedad que estaban en la corte imperial, también acudían a Hypatios en busca de ayuda en sus necesidades, como Eufemia, *cubicularia*, es decir, dama de honor del sacro palacio, muy cristiana. Se creía molestada por un demonio. Cualquier calamidad o enfermedad se atribuía al poder del demonio, como ya se indicó. La creencia en el poder estaba muy extendido entre los laicos y los religiosos. La dama acudió al monasterio. Los diablos arremetieron contra Hypatios y durante veinte días enfermó (*V. Hypatios* XLIV). En este mismo capítulo, el hagió-

grafo cuenta el caso de Elpidios, *comes* y arquitecto del emperador, al que un demonio molestaba el cuerpo y le ocasionaba terribles sufrimientos. Gritaba. Visitó a Hypatios en litera, acompañado por sus esclavos. Sucedió que, tratándole, mejoró su dolencia. Jornaleros y trabajadores abordaron a Hypatios y le declararon que Elpidios les trataba injustamente, y que sus riquezas eran producto de la avaricia. Ante esta noticia, Hypatios comunicó a Elpidios que se le había revelado que debía morir por haber perjudicado a muchos. Le aconsejó arreglar los asuntos de su casa y devolver lo que había tomado. Los que esperaban heredar sus bienes a su muerte, le decían que no iba a morir. A los tres días, murió. Sucesos como este debían ser frecuentes, como ricos que trataban injustamente a los asalariados y luchas por heredar los bienes.

Daniel estilita

La *Vida de Daniel estilita* es de autor desconocido. Según cuenta el autor en el prólogo, se basó para redactarla en los datos que le proporcionaron los discípulos que habían vivido antes que él y en los recuerdos propios.

Los emperadores tenían en tan alta estima a los grandes ascetas, que un regalo codiciado podía ser tener alguna prenda de los monjes en señal de bendición. En la *Vida de Daniel estilita* (XIII) se cuenta que un discípulo de nombre Sergio, que tenía la capucha de Simeón, pensó regalarla al emperador León I (457-474). Como el emperador estaba muy ocupado en los asuntos de Estado, no le concedió audiencia, y Sergio se la regaló a Daniel. Cargos importantes del entorno del emperador también cuidaban de los ascetas. En la *Vida de Daniel estilita* (XIII) se lee un caso. Marco, silenciario del emperador, hombre de confianza suyo, que le acompañaba siempre allí donde fuera, y al que se le solía encargar importantes asuntos, era amigo de Daniel, que le comunicó el deseo de vivir sobre una columna. Le pidió que se la regalase. El lugar donde se quería levantar pertenecía a Gelanios, que era castrense, es decir, un ayudante de campo, el segundo de los subordinados al *praefectus sacri cubiculi* —el primero era el *primicerius*, delante del *comes sacrae vestis*—, que se opuso a que se levantara en un campo de su propiedad. Después de una serie de peripecias, terminó por levantar la columna. Gelanios contó una descripción completa de lo sucedido, al emperador. Esta narración confirma una vez más el interés de los altos funcionarios de la corte imperial por mantener buenas relaciones con los ascetas, y servirles en sus necesidades. Al emperador le gustaba siempre estar informado de todo.

Personajes que habían desempeñado importantes magistraturas, visitaban a los ascetas famosos. Tal es el caso de Cyrus⁹, que había sido cónsul en 441, también *praefectus urbis* entre 438 y 441, y *praefectus praetorio Orientis* entre 439 y 441. Era amigo de la emperatriz Eudokia, esposa de Teodosio II. Era, por lo tanto, una persona bien situada en la corte, aunque acabó exiliado, siendo obispo en Cotyaeión,

⁹ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 336-339.

en Frigia, víctima de una maquinación montada por el influyente eunuco de la corte de Teodosio II, Chrysaphios¹⁰, que era spatharios, es decir, pertenecía al cuerpo de la guardia imperial. Muerto Teodosio II, dejó la dignidad episcopal, se convirtió en laico y vivió hasta los años del emperador León I, dejó todos sus bienes a los pobres. Tenía una hija, de nombre Alexandreia, que era atormentada por un espíritu malo, o sea, estaba enferma. Acudió con ella a Daniel, que en siete días la libró del demonio. El caso de Cyrus es interesante. Señala las feroces luchas intestinas que frecuentemente estallaban en la corte entre, los altos funcionarios, por el poder, el poder de los eunucos y que nadie estaba libre de caer en desgracia, pues el sucesor de Teodosio II, Marciano, condenó a muerte a Crysaphios. En la curación de Alexandreia, las plegarias mezcladas con las lágrimas de Daniel, lograron la curación o la intercesión de los arcángeles. Estas creencias son importantes por haber llegado hasta el siglo XXI. Lutero fue muy creyente en la acción de los demonios, y el mundo moderno, según se señaló.

Como ya se ha dicho, no sólo el emperador estaba en continua comunicación con los grandes ascetas, sino también la emperatriz y las hermanas del emperador. La *Vida de Daniel* estilita (XVIII) cuenta la visita de la emperatriz Eudoxia II al asceta. De vuelta de África se informó sobre Daniel por su yerno, Anicius Olybrius, que fue nieto del cónsul del 395 y desempeñó el consulado en 464. Eudoxia visitó a Daniel en su monasterio y se confirmó de la verdad de las informaciones que le había dado Olybrius¹¹, y que había profetizado su vuelta de África cuando el asceta vivía aún en un antiguo templo. La emperatriz quería ser bendecida por él. Le comunicó a Daniel que tenía aquí muchas posesiones, muy cómodas para habitarlas. Le invitó a ir a sus propiedades y a tomar todo lo que quisiera. Daniel no aceptó la invitación. La emperatriz Eudoxia se retiró, entregando al asceta donativos generosos.

A los ascetas acudían altos personajes, rogándoles que intercedieran ante Dios para tener hijos. El primer caso que se lee en la *Vida de Daniel* (XXI), fue el del emperador León I. Deseaba vivamente visitarle por las noticias que habían llegado a él de sus hechos prodigiosos. Le envió un comisionado, de nombre Sergio, para que le llevase el mensaje de que pidiera a Dios lograr un hijo. Daniel rogó a Dios, y la emperatriz Verina tuvo descendencia. Era hija del comandante de León I, Basiliskos¹², bien conocido éste último por dirigir en 468 la expedición contra Genserico, que se levantó contra el emperador Zenón en 475, emperador de Constantinopla durante unos pocos años que, desterrado en Capadocia, murió de hambre. En realidad la emperatriz Verina tuvo dos hijas: Ariadna, que nació antes de la subida al trono en 457, y Leontia, siendo ya emperatriz.

El mismo León I visitó a Daniel, que vivía sobre una columna. Subió por la escalera y le pidió que le dejara tocar sus pies y que le permitiera levantar otra columna (*V. Danielis* XXV). En el año 465 estalló un incendio que abrasó gran parte de la ciudad. León I acompañado de su esposa visitó a Daniel, y después marcharon juntos a visitar la iglesia de San Miguel, que distaba una milla del mar.

¹⁰ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 295-297.

¹¹ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 796-798.

¹² J.R. Mattingly, *op. cit.*, 211-212.

Estalló una violenta tormenta que hizo tambalear las dos columnas. Al día siguiente, León I envió a un cubiculario, de nombre Andrés, a informar si a Daniel le había sucedido algo. De vuelta, contó al emperador el grandísimo peligro que había corrido el hombre de Dios, lo que irritó mucho al emperador contra el arquitecto que había levantado las columnas. El emperador le perdonó a petición del asceta. En el viaje de vuelta, pasó León I un gran peligro, debido a su interés por visitar al asceta. El caballo se encabritó y el emperador se cayó de él, pero no le pasó nada. Al llegar a la capital estalló en cólera contra Jordanes¹³, que fue *comes stabuli* en 466, y después cónsul en 470, acabando su carrera de gobernador militar de Oriente. Ante las amenazas del emperador, se refugió en la mandra del santo. Abandonó las doctrinas de Arrio y profesó la fe ortodoxa. León I se reconcilió con él. Cuando el emperador conoció la preocupación de Daniel por el accidente del caballo, envió al *primicerius sacri cubiculi*, de nombre Calipodios¹⁴, para decir al servidor de Dios que no temiera por él, pues gracias a sus oraciones no había recibido ninguna herida. El cariño que tenía León I por el asceta era tan grande que construyó un palacio cerca de la iglesia de San Miguel, y pasaba la mayor parte del día allí. Era inseparable de Daniel. Si veía al santo de lejos, se apeaba enseguida del caballo y no montaba hasta que el asceta hubiera desaparecido de su vista (*V. Danielis XXVI*).

Estos sucesos demuestran bien claramente el cariño que profesaba León I a Daniel; lo mucho que le estimaba, a lo que el asceta correspondía interesándose vivamente por él. Este amor de León I le movió a visitarle, a estar continuamente pendiente de él, a interesarse por sus peligros y a construir un palacio cercano a la residencia de Daniel.

En el año 446, el rey de los Lazios, pueblo de la Cólquida en el Cáucaso, de nombre Goulazios, al que el emperador Marciano (450-457) había obligado a abdicar, visitó Constantinopla para arreglar las relaciones de su reino con el de Bizancio. León I le llevó a visitar a Daniel. Goulazios quedó admirado del espectáculo que ofrecía el hombre de Dios. Ambos príncipes acordaron dejar en sus manos la solución de sus problemas. Daniel fue tan hábil en buscar una solución, que dejó contentas a ambas partes. De vuelta en su patria, el rey de los Lazios contaba a todo el mundo lo que había visto. Todos los que de su país visitaban Constantinopla, iban a ver al asceta. Goulazios no dejó de pedir al hombre de Dios sus oraciones hasta su muerte.

Los grandes ascetas no sólo intervenían en asuntos religiosos, sino también en los civiles, debido al grandísimo prestigio de que gozaban ante los supremos poderes del Estado (*V. Danielis XXVII*).

León I tenía tanto cuidado de Daniel que, después de una violenta tempestad que le dejó casi como un cadáver sobre la columna, sin vida, se encargó de protegerle mandando construir un pequeño abrigo de hierro en forma de cubierta. Al principio rechazó esta protección, alegando que el santo padre Simeón no tenía ninguna, pero terminó por aceptarla. Con ocasión de la tempestad, el hombre de Dios tuvo una visión que anunciaba la subida al poder de Constantinopla del isaurio Zenón, que se había casado con Ariadna, la hija del emperador León I. La admiración del empera-

¹³ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 620-621.

¹⁴ Es un personaje desconocido.

dor y el cariño que profesaba por Daniel eran tan grandes, que a toda persona forastera, ya fuera rey, emperador o embajador, enviaba a visitar al santo varón. A todo el mundo le proclamaba sus combates ascéticos. En una sociedad profundamente religiosa, las grandes figuras del monacato cristiano se convirtieron en las estrellas del momento, como hoy los grandes artistas de cine, futbolistas y antes, los toreros.

León I no dejó de consultar a Daniel algunos asuntos puramente civiles, de gobierno, y de preocuparse por él, tanto era el aprecio que le tenía y el que gozaba entre la gente.

El grave peligro del momento para Bizancio, era el rey de los vándalos, Genserico. En el año 468, Basiliskos, cuñado de León I, que a la sazón gobernaba el Oriente, preparó una flota contra Genserico, pero la flota bizantina fue aniquilada. Ahora Genserico tenía el proyecto de apoderarse de Alejandría, proyecto que aterrizó al emperador, al senado y a toda Constantinopla. Ante esta situación tan desesperada, León I envió al spatharios Hylasios, que era un eunuco imperial, a informar al santo varón de la situación tan peligrosa, y comunicarle que quería enviar un ejército contra él. Hylasios llevó el mensaje a Daniel, quien le respondió que Alejandría no caería jamás en poder del enemigo. Podía enviar un ejército si quería. El Dios que él servía no solamente protegería al emperador, sino también al ejército expedicionario. El emperador, como se ha indicado, no daba un paso, ni siquiera en asuntos militares, sin consultar a Daniel, y seguía su consejo por interpretarlo como inspiración de Dios. En agradecimiento a Dios y al santo varón, el emperador le pidió permiso para construir un aposento para los monjes y para los extranjeros. Daniel rechazó el donativo. En cambio, pidió al emperador –quien le contestó que haría todo lo que pidiera– que se enviara a Antioquía, que se llevaran las reliquias de Simeón; que le permitiera construir una casa donde se alojasen los extranjeros y una habitación para los monjes, pues veía que se multiplicaban los monjes y los discípulos, y la multitud considerable de forasteros que llegaba tenía gran pena cuando no encontraban dónde alojarse. Estos hombres santos eran visitados por un gran número de extranjeros, que acudían probablemente a pedir favores materiales, como la curación de enfermedades. También es interesante señalar, como indican estas líneas, que aumentaba considerablemente el número de monjes. Simeón –objetó Daniel a León I– no vivía en un clima tan riguroso, y sólo acudían a él para rezar y ser bendecidos. Daniel, por el contrario, era molestado por los que tenían problemas. Daniel aceptó el proyecto del emperador. Se construyó, al norte de la columna, un *martyrium* de Simeón. Detrás de la columna estaría el monasterio de los monjes y de los forasteros (V. *Danielis* XXX). Las reliquias fueron trasladadas a Antioquía. El emperador invitó al arzobispo a publicar la deposición de las santas reliquias y las oraciones que se harían en la iglesia del arcángel Miguel en Anapulus, a los que asistiría el emperador. Por la mañana, una carroza imperial estaba preparada para llevar al emperador. El arzobispo tomó asiento con las reliquias. Subió a la carroza hasta el santo varón. Un pueblo innumerable acompañaba al arzobispo: unos caminaban detrás, otros delante, cantando salmos e himnos, hasta el lugar elegido. El día de la deposición de las santas reliquias, hubo muchas curaciones.

Después de la liturgia, que fue completa, el pueblo salió de la iglesia y se dirigió a la mandra del santo asceta para ser bendecida. Salió también el arzobispo con todo

el clero. Se colocó un trono delante de la columna. El arzobispo se sentó, y dijo al santo varón: “El Señor ha cumplido tus deseos. Da al pueblo tu bendición y alguna instrucción”. El diácono dijo en voz alta: “Estad atentos”. Desde lo alto de la columna, el santo varón dio la paz. Después, instruyó a los presentes sin adornos retóricos o filosóficos. Habló del amor de Dios, del cuidado de los pobres, de la limosna, de la caridad fraterna, de la vida eterna reservada a los santos y del juicio eterno preparado para pecadores. El efecto de la predicación fue que el pueblo comenzó a llorar tanto, que el suelo se llenó de lágrimas.

A continuación, el arzobispo hizo la plegaria, Daniel despidió a la multitud y cada uno se fue a su casa (*V. Danielis XXXI*). En este capítulo, varios puntos deben señalarse. El culto a las reliquias de los ascetas, tributado por los monjes y por el emperador; el interés de León I por la translación de las reliquias; el desplazamiento del arzobispo y del asceta en la carroza imperial, lo que indica el grandísimo prestigio de que gozaban los líderes de la Iglesia y del monacato, y la actuación del pueblo. Es el propio emperador el que anunció la fiesta religiosa y dio órdenes al arzobispo. Se sentía obligado a ello por su cargo al frente del Imperio. El sermón que dirige el asceta al pueblo, es una síntesis de la predicación de los monjes. Ante todo, el amor al pueblo. En segundo lugar, el socorro material a los pobres y la caridad fraterna. Este es un aspecto en el que insisten continuamente los monjes en su predicación y en sus consejos. El número de pobres en Bizancio era grande¹⁵. Al no existir nada parecido a las prestaciones sociales del estado moderno a los necesitados, los pobres dependían de la caridad privada. La Iglesia, en este aspecto, realizó una grandiosísima labor social. El mensaje de Jesús, al igual que el de los profetas de Israel¹⁶, insistía en este punto. El juicio eterno y el castigo son aspectos fundamentales de la predicación de los monjes, como de Jesús. El mejor comentario al interés por las reliquias, son los varios relicarios de lujo que se conservan. En algunos relieves, se representa el cortejo que acompaña a las reliquias, y el pueblo apellotonado en la calle y en las ventanas¹⁷.

En la *Vida de Daniel* (XXXIII) se encuentra un suceso importante para conocer aspectos fundamentales de la sociedad bizantina, no sólo en el religioso. León I oyó hablar a muchos de un hombre enérgico, de nombre Titus, que vivía en la Galia y que mandaba una tropa de soldados, bien ejercitados en las maniobras de la guerra. Le llamó y le concedió el título de *comes*, para tenerle como defensor si fuera necesario hacer la guerra. Le envió al santo asceta para que rogara por él. El santo varón le exhortó con textos de las Sagradas Escrituras. Titus no quiso abandonar la mandra, pues el hombre, los único que pretende, es enriquecerse, adquirir posesiones y agradar a los hombres, lo que era la pura realidad. Pidió a Daniel entrar en el monasterio. Llamó a sus gentes y a sus bucelarios, que eran soldados de un particular y les comunicó que, a partir de ese momento, militaba a las órdenes del emperador celes-

¹⁵ E. Patlageam, *Povertà ed emarginazione*, Roma-Bari, 1986; P. Brown, *Povertà e leaderships nel tardo Impero Romano*, Roma-Bari, 2003.

¹⁶ J.L. Sicre, *Los dioses olvidados. Poder y riquezas en los profetas preexílicos*, Madrid, 1979.

¹⁷ A. Grabar, *El primer arte cristiano (200-395)*, Madrid, 1967, 272-275, figs. 304-308; Id., *La Edad de Oro de Justiniano. Desde la muerte de Teodosio hasta el Islam*, Madrid, 1988, 313, fig. 161.

te y dejaba de derramar sangre. Animó a los que quisieran a seguirle. A los que no lo hicieran, les entregaría una cantidad de oro delante de la columna de Daniel, según el rango que tuvieran. Salvo dos que siguieron a Titus, los restantes marcharon. Enterado el emperador del asunto, envió un mensajero a Titus, a decirle que le llamó de su país para que estuviera cerca de él, y que le envió al santo para que le bendijera, no para que le abandonara. Titus mandó decir al emperador que estaba muerto para el mundo. Daniel ordenó decir al emperador que no necesitaba de ningún socorro humano, pues su defensor era Dios. Titus se hizo monje. León I, todas las veces que visitaba a Daniel, lo hacía a Titus también, y le tenía en gran estima. Un dato interesante es, que los dos domésticos que ingresaron con él en el monasterio, le socorrían en sus necesidades.

El caso de Titus no debió ser el único. Después de casar León I a su hija Ariadna con Zenón, en el 467, y nombrarle cónsul, estallaron revueltas en Tracia. El emperador con un cortejo solemne, fue a Anaplous y visitó a Daniel; le comunicó que había enviado a Zenón a Tracia a causa de la guerra que amenazaba, y le rogaba que pidiera a Dios que le conservara sano y salvo. El santo varón le anunció que volvería ileso, pero que se preparaba un complot contra él, lo que sucedió en efecto. Este acontecimiento es un caso más de que León I consultaba a Daniel toda clase de problemas, aunque fueran de carácter guerrero.

León I enfermó y murió, dejando heredero del Imperio a su nieto León II, hijo de Zenón y de Ariadna. El senado, debido a la niñez de León, que no podía firmar documentos, nombró emperador a Zenón. León II fue declarado "augusto" por su abuelo en 473. le sucedió en el Imperio en 474 y murió en otoño de este año.

Todo lo referente a la usurpación de Basiliskos, es fundamental para conocer las relaciones de los ascetas con el poder imperial, y de las luchas intestinas por el poder dentro de la corte.

El hagiógrafo de la *Vida de Daniel* (XXXVI-XL) describe los acontecimientos con detalle. La situación del Estado y de la Iglesia era buena. Varios parientes de Zenón, Basiliskos, Armatos, Marcianus y otros miembros del senado, maquinaron contra Zenón por instigación del diablo, según se interpretaba toda clase de sucesos adversos. Zenón, siguiendo la costumbre de los emperadores anteriores, visitó a Daniel y le informó de la conjuración en su contra. El santo varón le anunció que sería depuesto y que, donde encontrara refugio, viviría en la más absoluta miseria. Después sería repuesto en el trono y viviría con gran gloria y honor. Los tres hombres mencionados tenían trato con la emperatriz Verina. Basiliskos era el primero en el senado; Armatos era su sobrino; Zousas era cuñado, pues era el marido de su hermana; Marcianus era el esposo de su hija, e hijo del emperador de Occidente, Anthemius (467-472) y esposo de Leontia, la segunda hija de León I y de Verina, como ya se indicó. Forzaron a la emperatriz a conspirar con ellos, y arrojaron a Zenón del trono. Verina pretendía colocar a su hermano en el trono. Zenón, con su esposa y algunos eunucos huyó de palacio. Pasó a Calcedonia y se exiló en Isauria. Verina pretendió asesinar a su propio hermano, que se refugió en lugar sagrado, en el oratorio de la Virgen María en Blactiermes, donde permaneció hasta ser vencido por Basiliskos. Estas intrigas son un buen ejemplo de las luchas por el poder dentro de la corte bizantina.

Basiliskos asaltó las iglesias para lograr que se negara la encarnación de Dios. Procuró asesinar al arzobispo Acacio. Conocido el proyecto, los monjes de todos los monasterios se fueron a Santa Sofía para proteger al arzobispo, que mandó a todas las iglesias colocar cortinones en señal de duelo. Animó al pueblo a luchar por la fe y por la iglesia. Se aclamó al arzobispo. Como no lograron ser recibidos en audiencia, enviaron un mensajero para informar a Daniel de lo sucedido. Basiliskos marchó a Anaplous y envió al santo varón un cubiculario, de nombre Daniel, para preguntarle si encontraba justos los manejos del arzobispo Acacio, que había excitado Constantinopla contra él, que sembró el desorden en el pueblo y que no cesó de injuriarle. Pidió la bendición del santo varón, que se la negó por negar la encarnación, perseguir la Iglesia y suprimir el sacerdocio. Dios le arrancaría de sus manos el reino. El cubiculario no se atrevió a informar al emperador de lo que se le dijo, sino que le escribió una carta sellada. Basiliskos leyó la carta y se puso furioso. Al día siguiente, casi todo el pueblo se reunió en Santa Sofía, gritando: “¡Nuevo Daniel, salva a Susana en peligro. Tenemos en ti al padre de la ortodoxia!”. El arzobispo Acacio envió a unos archimandritas, Abraham, del monasterio de San Ciriaco; Eusebio, del monasterio vecino del Exakionion; Athenodoro, de los monjes de Stoudios y Andrés, el segundo exarca, que vigilaba todos los monasterios de la capital, a Daniel, a decirle que saliera como defensor de la fe y de él, como Cristo, que se mezcló con los pecadores y derramó su sangre por su esposa, la Iglesia, ahora, cuando la violentaban los impíos, cuando el pueblo estaba dispersado por los lobos crueles, cuando el rebaño estaba sacudido por la tempestad, “ven a nosotros y rescata a tu madre, la Iglesia”. El santo varón no desconfió. Descendió de la columna y los acompañó. El pueblo se congregó en la iglesia y le gritaron: “¡Sé tú nuestro gran padre, sé tú nuestro gran padre!”, y los exhortó a no temer el ataque de los enemigos. Daniel envió otra carta al emperador reprendiéndole su política seguida con la Iglesia. Le hizo amonestaciones y reproches parecidos. El emperador contestó a la carta, acusándole de excitar al pueblo contra él, y marchó por mar a Hebdomón. Los ascetas se dirigían al pueblo con gran libertad, la misma libertad con la que respondía el emperador. Nada de servilismo. El santo varón acompañado de una gran multitud, se fue a Hebdomón, pero no fue recibido por el emperador. Cuando los scholarios, que eran una especie de guardia pretoriana del emperador, oyeron hablar de los milagros del asceta, que en el camino a Hebdomón sanó un leproso, siguieron a Daniel. Enterado de que el santo varón le había condenado, Basiliskos envió dos silenciarios y un referendario, que eran los encargados de transmitir las respuestas imperiales, con la misión de traer al asceta, pero éste se negó a ir. Daniel llegó a la Puerta Dorada, donde el pueblo le aclamó. Llegó después al *martyrion* de San Juan. Descansó por un tiempo en el monasterio de Stoudios. Los monjes pensaban llevarlo por mar a Santa Sofía, pero el pueblo se opuso. Cuando la multitud casi había llegado a la casa del patricio Dagalaiphos¹⁸ y éste vio la presión que ejercía la multitud sobre el santo varón, bajó con un grupo de soldados. Sacó a Daniel de entre la multitud y le llevó a su casa, que estaba junto

¹⁸ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 340-341.

al Foro Boario, para que descansara. El santo asceta, después fue acogido con muestras de cariño y aclamado por el arzobispo Acacio, por los archimandritas, por el clero, por los monjes y por todo el pueblo. El emperador volvió por mar a Constantinopla desde Hebdomión. Envió varios senadores a Santa Sofía para que condujeran al santo varón a palacio, pero él se negó a ir. Debía ir a Santa Sofía y es lo que hizo. El arzobispo y Basiliskos se echaron a los pies de Daniel, que los exhortó a seguir el camino de la paz y no enfrentarse mutuamente. El emperador se excusó ante Daniel e hizo profesión de fe ortodoxa. Fue aclamado por la multitud. Llegado el secretario Strategios, el santo asceta aconsejó a Basiliskos que hiciera un *mandatum*, es decir, una instrucción imperial al pueblo, haciendo profesión de fe ortodoxa. Pidió perdón a Daniel y al pueblo, y fue reconciliado. El santo asceta se volvió a su columna. Daniel, ante el clero, los monjes y el pueblo, profetizó que Zenón y su esposa Ariadna volverían del destierro, lo que sucedió. Zenón fue a visitar a Daniel y le agradeció la predicción.

Estos sucesos demuestran claramente la intromisión del emperador en un problema de fe; el papel desempeñado por los grandes líderes del monacato en defensa de la fe ortodoxa, la gran libertad con la que los ascetas trataban al emperador, el respeto y miedo que les tenían los emperadores, que les obligaba a contar con su opinión, la participación del pueblo en todos estos asuntos de fe, y el gran prestigio de que gozaban entre el pueblo.

Daniel (V. *Danielis* XLIII) profetizó la muerte de Zenón y el gobierno de Ariadna, muerto su esposo, como la participación del emperador Anastasio, con el que se casó Ariadna en 491. Daniel hizo un gran elogio de Zenón como varón profundamente cristiano y virtuoso.

Daniel cayó enfermo y se esperaba su muerte (V. *Danielis* XLIV). Los emperadores hicieron construir una gran tumba de mármoles preciosos y de metal resplandeciente junto a la mandra, y costearon sus funerales con gran generosidad. Estos preparativos confirman la gran estima en que tenían al santo varón los emperadores. Daniel se enteró de estos preparativos, que no le agradaron, pues quería ser enterrado en la tierra y que se colocaran reliquias de los mártires sobre su cuerpo. Cuando murió, se pusieron encima de su cadáver los restos de los tres jóvenes Ananías, Azarías y Misael, que León I había traído de Babilonia a Constantinopla, pues León I mantuvo la paz con el rey de los persas, Perozes, y le pudo traer las supuestas reliquias, que serían falsas con seguridad. Ya a comienzos del s. V hubo un gran trasiego de reliquias de mártires. Orosio trajo de su viaje del Oriente el cuerpo del protomártir Esteban a Mahón, lo que originó una persecución contra los judíos y la primera conversión forzosa de los judíos. Los persas estaban en guerra con los Hunos y con los Saragoures. Cuando murió Daniel, acrecentaron sus donativos, encendieron miles de cirios, cuyo uso era ya aceptado por la Iglesia y fue prohibido en Hispania a comienzos del s. IV en el Concilio de Elvira (Canon LXIII). Las reliquias fueron depositadas por el arzobispo Eufemios, que sobrepasó a otros en liberalidades con el santo varón. El patricio Herais se encargó de los funerales, de buscar una gran cantidad de cirios, de aceite y de oro para distribuir limosnas a los pobres, y madera. Las limosnas a los pobres hubieran agradado a Daniel, que, como otros ascetas, velaba por el cuidado de los miserables (V. *Danielis* XLV).

Fuentes de las vidas de los ascetas

Los monjes de Palestina

Esta segunda parte del trabajo estudia las relaciones Iglesia-Estado en el monacato palestino.

El autor de estas vidas es Cirilo de Scythópolis, que redactó dos grandes biografías de ascetas palestinos, la de Euthimio y la de Saba.

Cirilo nació en Scythópolis, capital de la Palestina Segunda. En el año 531-532, durante el viaje de Saba a Saythópolis, se consagró a Dios. A los dieciocho años se hizo monje, según la costumbre de la época, ingresando en un monasterio de Scythópolis, donde recibió el hábito de monje de las manos del higumeno Georgios, poco antes de noviembre de 543. En esta fecha partió para Jerusalem, para asistir a la consagración de la nueva iglesia de María. Visitó los santos lugares y se quedó en un monasterio de Palestina. En un monasterio situado próximo al Jordán cayó enfermo, y entró, en 544, en la laura de Euthimio, donde permaneció once años, de 544 a 555. En 555 los monjes ortodoxos ocuparon la laura y arrojaron a los monjes seguidores de Orígenes. Permaneció dos años –555-557– en la Nueva Laura. En 557, se marchó a la Gran Laura de Saba.

Durante la permanencia en el monasterio de Euthimio, fue testigo de los hechos prodigiosos que se realizaban en la tumba de Euthimio, y determinó redactar su vida, basado en las tradiciones conservadas en la laura. Se informó de los monjes ancianos, que eran contemporáneos de Saba. Al parecer, concibió la idea de escribir no sólo la vida de Euthimio, sino también la de Saba. Durante su estancia en el monasterio de Euthimio recogió noticias sobre la vida de Saba, que puso por escrito y que se llevó en 555 a la Nueva Laura.

Las fuentes de la vida de Euthimio son dobles: una tradición directa y otra indirecta. La tradición directa remonta a Euthimio a través de Kyriakos, que no conoció a Euthimio, pues llegó a la laura en 475, dos años después de morir Euthimio. Su recuerdo se mantenía vivo aún. Cuando entró en el monasterio de Euthimio, Cirilo tenía ya el proyecto de escribir la vida de Euthimio y se informó bien de Kyriakos, que era un monje ya muy viejo, pues tenía 95 años. Kyriakos debió transmitir a Cirilo las tradiciones sobre el fundador del monasterio. Cirilo, seguramente obtuvo informaciones fidedigna. En el monasterio debían conservarse archivos, como existieron en el monasterio de Simeón estilita y en el de Pacomio, en la Tebaida. El aniversario de la muerte de los ascetas se celebraba pronunciando un panegírico, que contaba los sucesos más importantes de la vida del difunto y sus virtudes. Cirilo utilizó, sin duda, estos panegíricos.

La tradición indirecta llegó a Cirilo por intermediario de Saba. Cirilo utilizó las noticias de los ascetas respetables, que no eran contemporáneos, sino que vivieron algo después. Estos ascetas trataron a Saba y se acordaron bien de Euthimio. A Euthimio presentaron Saba cuando tenía dieciocho años, en 456. Aunque no fue admitido en la laura, fue enviado al próximo cenobio de Theoctiste, que era el más viejo compañero de Euthyme. Este cenobio era el noviciado de la laura. Saba entró en la laura de Euthimio a la edad de veintiocho años, siendo superior Longino.

Cuando Euyhtme se marchó al desierto llevó a Saba con él. Cirilo conoció algún hecho milagroso de Euthyme del que Saba fue testigo, a través de Juan el Hesicasta y de Thellelaios, a los que Saba se lo había contado. A través de estos dos personajes Cirilo debió conocer algunos datos sobre el celo de Saba por la ortodoxia. Cirilo reconoce que Juan el Hesicasta es el que ha transmitido la mayoría de los relatos de las vidas de Euthimio y de Saba.

Cirilo proyectó escribir las vidas de Euthimio y de Saba, y otras varias que añadió a las de estos dos ascetas: las de Juan el Hesicasta, de Kyriakos, de Theodosios, de Teoquis y de Abramio. La primera está vinculada a la vida de Saba. Theodosios vivía en un cenobio distante 35 estadios de la Gran Laura, a la que envió Saba de jovencito. Theodosios y Saba eran como hermanos.

Vida de Euthimio

En el año 420 estalló una persecución contra los cristianos en Persia, al final del reinado de Isdigerdes (399-420), por instigación de los magos, que querían capturar a todos los cristianos. Apostaron en las rutas a los filarcas de los sarracenos, para impedir que los cristianos se refugiasen en el Imperio Romano. El filarca Aspebetos cayó en la cuenta de la crueldad de los magos de la capital. Se compadeció de los cristianos y no impidió que algunos de ellos huyeran. Él era pagano por familia. Fue denunciado al rey Isdigerdes y se refugió entre los cristianos con su hijo, de nombre Terebón, que estaba semiparalítico, y con toda su familia. El *magister militum* para Oriente, Anatolios¹⁹, los recibió. Los hizo entrar en la alianza con los romanos y los confió al filarca de los sarracenos aliados de Roma, Aspebetos. Cuando ellos habían plantado sus tiendas en Arabia, el pequeño tuvo una visión que contó a su padre, que inmediatamente cogió al pequeño y, acompañado de bárbaros y de la escolta, se fue al lugar indicado por el niño, donde habitaban Euthimio y Theoctiste. Ante estos bárbaros, los monjes se asustaron. Theoctiste les preguntó qué buscaban, a los que respondieron que a Euthyme. Theoctiste les respondió que éste sábado no hablaba con nadie. Aspebetos le mostró al niño, que dijo: “Hace un año que estoy tocado de este mal. He pasado por la ciencia de los médicos, por las intervenciones de los magos, y me encuentro peor. Una noche, torturado por la enfermedad, me he dicho a mí mismo: ¿Dónde está, Terebón?, ¿Dónde la vanidad del mundo y el arte de los médicos?, ¿Dónde los prodigios de los magos? ¿Y la virtud de nuestros ritos sagrados o las invocaciones y las fabulaciones de los astrónomos o de los astrólogos? ¿O las encantaciones y las bagatelas? Mientras me hacía estas reflexiones, supliqué a Dios que, si me curaba, me haría cristiano. En sueños vi un monje que me preguntó: ¿De qué sufres? Si cumples lo que has prometido a Dios, Él te sanará. Yo soy Euthimio, que habito en el desierto, a diez millas al este de Jerusalem, junto al arroyo que corre al sur de la ruta de Jericó. Si quieres ser curado, ven a verme y Dios te curará”. El niño se lo contó a su padre y fueron a ver a Euthimio, que le curó. Todos los bárbaros pidieron ser bautizados (Cyrill. Scythop. V. *Euth.* X).

¹⁹ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 84-86.

En este relato, el sueño, como ocurre frecuentemente, desempeña un papel importante. La curación es a través del monje. Se trataba de un alto cargo de Persia.

Una noticia importante es que Arsenios educó a los emperadores Arcadio y Honorio, lo que prueba que gozaba de un gran prestigio en la corte (Cyrill. V *Euth.* XXI), y era un romano culto que pasó después su vida de monje en Egipto.

Euthimio mantuvo relaciones con la emperatriz Eudokia, que se había separado de la confesión católica. Combatió a los ortodoxos y apoyó a los monofisitas, llamados en Palestina monofisitas. Todos los monjes de Jerusalem se pasaron a los monofisitas. A causa de unas desgracias que habían sucedido a la familia, pues su yerno Valentiniano III fue asesinado en Roma en 455, en 455 el vándalo Genserico había cogido prisioneras en Cartago a la emperatriz, que se había quedado viuda, con sus hijas Eudocia y Placidia, comenzó a dudar. Quería no traicionar la fe que ella creía la verdadera y, por otra parte, se decidió a frecuentar los hombres de Dios y aprender de ellos la fe que era más sólida. Envío al coreobispo Anastasio a Antioquía a visitar a Simeón el estilita, que era la gran lumbrera que iluminaba toda la tierra. Le planteó sus dudas y le pidió consejo. Simeón le aconsejó seguir lecciones y consejos de Euthimio para salvarse. Como oyó decir que no iba a la ciudad el santo varón, se hizo construir un castillo en el lugar más elevado del desierto oriental, a una distancia aproximada de 30 estadios al sur de la laura de Euthimio, deseando de gozar frecuentemente las enseñanzas del santo asceta. Después, la emperatriz envió al staurophylaco Cosmas y al coreobispo Anastasio a buscarle. Euthimio había tenido conocimiento del proyecto y se había retirado a Roula. Los enviados, después, marcharon a su encuentro con Theoctiste. Le suplicaron mucho y le persuadieron con dificultad. Le condujeron al castillo en el que se encontraba Eudokia, donde se hallaba el monasterio de Scholarios. Eudokia le saludó. El asceta la bendijo y le aconsejó que cuidara de ella. Se había dejado seducir por las funestas doctrinas de Teodosio, que por su culpa habían ocasionado sucesos detestables en Italia. Además de los tres concilios ecuménicos celebrados: el de Nicea, contra Arrio, el de Constantinopla, contra Macedonio, y el primer concilio de Éfeso contra Nestorio, acepta la definición del Concilio de Calcedonia. “Sepárate de la comunión de Dioscoro y entra en comunión con Juvenal, obispo de Jerusalem”. Dichas estas palabras, Euthimio se retiró. El Concilio de Calcedonia, que se ha considerado uno de los grandes concilios de toda la Iglesia, hoy se ha derrumbado y se considera funesto, en frase de P. Brown²⁰, dividió profundamente a la Iglesia, y dividida ha quedado hasta hoy. Iglesias orientales de gran empuje se separaron de Bizancio y de la fe seguida en Europa, y separadas han quedado hasta hoy, hasta el s. XXI. Cameron puntualiza que el jefe de los monofisitas, Severo de Antioquía, afirmaba lo mismo que el Concilio. Tertuliano, doscientos años antes formuló lo mismo que Calcedonia, pero mucho mejor, pues lo hizo con la precisión de un jurista de primera fila, como él era. La condena de Nestorio también fue una catástrofe, ya que era la iglesia de más empuje misionero. Ya en el s. VII, los nestorianos construían iglesias en China. La dedicatoria de una iglesia se conserva en el Museo de Pekín, fecha-

²⁰ P. Brown, *La nascita dell'Europa cristiana*, Roma-Bari, 2004, 91-92, 155-156, 231-232, 290.

da en el s. VII, y se mantuvieron hasta el s. XIII, cuando se representaba a Cristo como si fuera Buda.

Eudokia cumplió lo prometido y arrastró a una gran cantidad de laicos y monjes que habían seguido la fe de Teodosio. También el archimandrita Elpidio siguió el ejemplo de la emperatriz. En cambio Gerontio, el autor de la vida de Melania la joven, permaneció en la fe monofisita y sedujo también a un gran número de gente. Entre los que se encontraban dos monjes, Marciano y Romano, de la comunidad de Elpidio, que fundaron dos cenobios, uno en Belén y otro en Thekoa. Eudokia logró que dos monjes de la staurofilaca, que se encontraban en la laura de Euthimio, fueran ordenados sacerdotes de Santa Anastasia. A Gabrielo le nombró higuemo del monasterio del protomártir y primer diácono, Esteban. Este monasterio era de mujeres. La superiora de Bassas, mencionada en la narración de los sucesos por Cirilo (V. *Euth.* XXX) hizo venir de la laura de Euthimio a Andrés, hermano de Esteban, obispo de Iammic, y le nombró higuemo del *martyrion* de Menas, del que fue fundadora.

En este capítulo queda bien claro el interés de la emperatriz por los problemas religiosos más candentes del momento, como era aceptar o rechazar el credo de Calcedonia. Su postura influyó en funestos y detestables acontecimientos acaecidos en Italia. Las grandes lumbreras del monacato tenían tal prestigio por la austeridad de su vida, que era a los únicos a los que se podía acudir en busca de consejo. El problema de fe era tan fundamental para la emperatriz, que se fue a vivir cerca del monje Euthimio, al que pedía consejo. Igualmente, pone de manifiesto el poder de la emperatriz para nombrar sacerdotes e higuemos. Una mujer, superiora de un monasterio de monjas, fundó un monasterio de mujeres y, su poder era tan grande, que nombró a su vez al higuemo del monasterio fundado por ella.

La emperatriz Eudokia (Cyrill. Scythop. V. *Euth.* XXXV) se distinguió por la construcción de grandes edificios religiosos, un gran número de iglesias, gran cantidad de monasterios y hospicios para socorrer a los pobres y ancianos. Una de las iglesias fundadas por ella se levantó delante del monasterio del Euthimio, a una distancia aproximada de 20 estadios. Se la llamaba la iglesia de San Pedro. La propia emperatriz vigilaba las obras, como hizo con la gran cisterna de la iglesia de San Pedro. Los contactos directos de la emperatriz con los grandes ascetas se continuaron después de entrar en comunión con el obispo de Jerusalem. Envió a Gabrielio, higuemo de la iglesia de San Esteban, a Euthimio para solicitar permiso para juntarse a sus plegarias y a sus lecciones. El santo varón le contestó que no le vería más y le profetizó su muerte. Esta respuesta entristeció mucho a la emperatriz, pues pensaba dejarle en testamento unos fuertes ingresos. Eudokia partió para Jerusalem y, a pesar de que no estuviera terminada la iglesia de San Esteban, la hizo consagrar en junio de 460. La dotó de abundantes ingresos y colocó a la cabeza de la administración del monasterio a Gabrielio. A continuación, visitó las iglesias que había fundado, las hizo consagrar y asignó a cada una suficientes ingresos. En el año 460 murió la emperatriz.

Los emperadores fueron grandes constructores de iglesias, de monasterios y de hospitales. Les asignaban, para su subsistencia, importantes rentas y también nombraban a gente de su absoluta confianza en cargos importantes.

Esta intromisión de los emperadores en problemas fundamentales de la fe, queda bien probada por la actuación de Basiliskos que, cuando se apoderó del trono impe-

rial, lo primero que hizo fue promulgar una encíclica contra el concilio de Calcedonia (Cyrill. Scythop V. *Euth.* XLIII). La libertad de los grandes ascetas en dirigirse al emperador y exponerles asuntos estrictamente eclesiásticos era, como se indicó, grande. En el año 476, Zenón venció a Basiliskos y se apoderó del trono. Martyrios, que había recibido por sucesión el trono patriarcal, escribió a Zenón y al arzobispo de Constantinopla, Acacio, para informarles de las turbulencias y revueltas que los Apoquistas habían causado en Jerusalem. Estos apoquistas, cuyo archimandrita era Geroncio, intentaban obtener para ellos las mismas ventajas que había logrado Teodosio. Se envió al diácono Fidus a Constantinopla con la carta de Martyrios. El viaje lo hizo por mar. Naufragó la nave y se salvó agarrándose a una tabla. Acudió a Euthimio, que se le apareció y le informó que su viaje no era agradable a Dios. La Iglesia de Jerusalem no obtendría ningún beneficio de su viaje a Constantinopla. “Vuélvete y dí a los que te han enviado que te ordena Euthimio volver, que no se preocupen de los monofisistas, pues habrá un solo rebaño con un solo pastor. Tú construye un cenobio donde esté mi sepultura”.

Vida de Saba

Un hecho no contado frecuentemente, es el contado por Cirilo (Cyrill. Scythop. V. *Sabae* XXXIV) de un joven nacido en Bizancio, de nombre Juan, que pertenecía a las *scolae paltinae*, donde se formaban los guardias de corps del palacio imperial. Se hizo monje entró en la Gran Laura. Hizo un cenobio, donde Juan formó una gran comunidad a la que perteneció Abramio, obispo de Kratia. Los monasterios eran una cantera importante de obispos. Juan vivió 35 años en este cenobio, que fue visitado frecuentemente por Saba.

En el año 511 el arzobispo Helias deseó enviar a Constantinopla a algunos higuemenos para que los acompañase para guardar libre de toda perturbación a la Iglesia de Jerusalem. El emperador Anastasio estaba muy enfurecido y pretendía cambiar la construcción de las iglesias de Palestina. Cirilo (V. *Sabae* L-LII) cuenta detenidamente las causas de este enojo y las dos entrevistas del asceta con el emperador. En el año 494, Helias tomó posesión de la silla pontificia de Jerusalem. La Iglesia estaba revuelta por una triple división: los obispos de Roma se querellaban con los de Bizancio por añadir en los sagrados dípticos el nombre de Acacio, obispo de Constantinopla, y esto no era conforme a su manera de ver las cosas. Los obispos de Bizancio se enfrentaban a los de Alejandría con el pretexto de que ellos anamatizaban el concilio de Calcedonia, y aceptaban la comunión de Dioscoro, depuesto por el concilio. Helias sólo tenía comunión con el obispo de Bizancio. A Eufemios, los obispos occidentales lo habían excluido. El obispo de Antioquía, Palladio, por complacer al emperador, había anamatizado las decisiones de Calcedonia, y aceptaba estar en comunión con los alejandrinos. En el año 496, el obispo de Constantinopla, Eufemio, había sancionado mediante un sínodo las decisiones de Calcedonia. El emperador le depuso después de calumniarle. Los obispos de Alejandría y de Antioquía aprobaron la deposición de Eufemios. Helias, que llevaba dos años en su sede episcopal, había rechazado su aprobación. Como, según las cartas sinodiales

que había recibido de él, había juzgado ortodoxo al obispo elegido, Macedonio, él le había admitido a su comunión, y esta decisión molestó no poco al emperador. Hubo un acuerdo entre Helias y Macedonio. Cuando después de muerto Palladio, Flaviano se hizo cargo de la silla episcopal de Antioquía y se unió a estos últimos, el emperador que odiaba la ortodoxia no pudo soportar esta entente y tomó la decisión de desterrarlos. Después de calumniarle, expulsó de su sede episcopal a Macedonio. Colocó en su lugar a Timoteo en 511 y pidió a Flaviano y a Helias que le dieran su acuerdo. Estos dos aprobaron las cartas sinodiales de Timoteo, que no desposeían a Macedonio. El emperador se enfureció contra los dos obispos. Pesaba, pues, sobre sus iglesias, la amenaza de un terrible venganza. Ante esta situación, Helias envió a Constantinopla a Saba con los higumenos. Estos sucesos demuestran que el Concilio de Calcedonia cuarteó la Iglesia, que unos obispos rompieron su relación con otros, que el emperador intervino en un asunto estrictamente eclesiástico y que el obispo de Jerusalem utilizó al asceta más famoso del momento, debido a su prestigio, para relacionarse con el emperador. Nadie cedía, tal era el fanatismo religioso. Mientras la embajada viajaba a Jerusalem, Anastasio, enojado contra Flaviano y contra Helias, convocó en Sidón un concilio de los obispos de Anatolia y de Palestina. Ordenó que presidieran el concilio Soterichos, obispo de Cesarea de Capadocia, y Philoxenos, obispo de Hierápolis, principal enemigo de las decisiones de Calcedonia, partidario de Eutiques, de Dioscoro y de la ortodoxia. El emperador tenía poder para convocar el concilio. Los concilios ecuménicos –éste, sin embargo no lo era– durante el primer milenio sólo los convocaba el emperador, y sus decisiones tenían fuerza de ley cuando firmaba las actas, al igual que los reyes visigodos los de Toledo. Llegados los enviados a Constantinopla, enseguida fueron admitidos al consistorio del emperador, que los recibió muy amablemente, salvo a Saba, que por ir mal vestido y tomándole por un mendigo, los silenciaros no le dejaron pasar. Echado de menos, se le llamó. El emperador admitió que había luchado contra la fe ortodoxa movido por alguien. No quiso plantearse más problemas. Los higumenos pidieron al emperador algunos bienes para sus monasterios. Uno le pidió las tierras que rodeaban el monasterio. Otro intentó una orden imperial en su favor. Poco les interesaba el problema religioso. Saba solicitó que proporcionase la paz a las Iglesias y que dejara vivir tranquilo al clero. Anastasio accedió a estas peticiones y les entregó mil monedas de oro, como solía hacer. Los higumenos se marcharon y Saba también. Las luchas fraticidas fueron feroces, y no las primeras. Las hubo antes de la gran persecución de Diocleciano, según cuenta Eusebio (*HE* VII. 1. 8). Esta fue la primera entrevista del santo asceta con el emperador Anastasio.

En la segunda entrevista, Anastasio dijo a Saba que su obispo defendió el Concilio de Calcedonia, que había condenado a Nestorio, que había motivado la revuelta de Flaviano de Antioquía, al que había atraído a su bando, que las decisiones de Calcedonia habían sido condenadas por el concilio de Sidón, que sólo él y Flaviano las habían impedido. El emperador había decidido echarlo de la sede episcopal y colocar en ella a un ortodoxo. Saba respondió al emperador que el arzobispo de Jerusalem se había formado en la ortodoxia con las grandes luminarias del desierto, y que rechazaban las doctrinas de Nestorio y de Eutiques. Estaba de acuerdo con las doctrinas de Cirilo de Alejandría. Saba solicitó al emperador guardar la

ciudad de Jerusalem de toda perturbación. Saba consiguió que Anastasio no depusiera al arzobispo. A continuación, bendijo a la Augusta Ariadna, y la exhortó a pertenecer a la fe de su padre León I. Saba abandonó Constantinopla y permaneció en la finca de Rufino. Visitaban al asceta la patricia Juliana, hija de Placidia la joven y de Olyberio, nieto del emperador Valentiniano y de Anastasia, esposa del patricio Pompeyo, cónsul del 501, que se marchó al Monte de los Olivos. Visitaban frecuentemente a Saba, le ofrecían sus homenajes y se alababan sus divinas enseñanzas. De Saba era, pues, muy apreciado entre las mujeres de la alta sociedad de Constantinopla, que eran mujeres de gran fe.

En la tercera entrevista de Saba con el emperador, el asceta le agradeció el suprimir el impuesto del crisargirio, que grababa a los comerciantes y a los artesanos, y le suplicó que aligerase la *superflua discriptio*, que se había transferido de los pobres e insolventes a Santa Anastasia y a otros lugares santos y a los *possessores* de Jerusalem. Era una contribución, en total, de 100 libras de oro²¹. El emperador accedió a la petición. El prefecto del pretorio, Zotikos²², impidió que el decreto se publicara, alegando que las gentes de Jerusalem eran nestorianos y judíos, y dijo a Marinus que no se opusiera a las resoluciones del emperador, si no, sería desposeído de todos los bienes y la casa incendiada. Saba se marchó a Palestina, 512.8, y recibió antes 100 monedas de oro del emperador. Por la intervención de Saba, el emperador rebajó la *superflua discriptio*. Sin duda, hizo la gestión por no poderla pagar los pobres, pues los ascetas tenían mucho cuidado de los necesitados, como ya se indicó. Esta remisión fue acordada, en parte, en tiempos de Justino, 527, por gestión de Saba con el emperador, y de otros higumenos del desierto, y suprimida por sugerencia del sacerdote Eusebios, en tiempos de Justiniano (527-565).

Saba envió a Montalaska, su ciudad natal, una gran cantidad de oro, para transformar la casa de sus padres en una iglesia dedicada a Cosme y Damián.

Mamas, aechimandrita de los monofisitas de Eleutherópolis, gran enemigo de la fe ortodoxa, se fue a Constantinopla, donde alcanzó gran familiaridad con el emperador, que en asuntos de dogma, andaba dando bandazos y se inclinaba, ya a unos, ya a otros. Saba le llevó a Jerusalem y le convenció de que aceptara las decisiones tomadas en Calcedonia, y abjurase de Eutiques y de Dioscoro. Esta conversión irritó al emperador contra el obispo Helias. Igualmente, distribuyó una cantidad de oro para cubrir las necesidades de los monasterios que dependían de él.

La situación se volvió muy peligrosa poco después. Sotericos y Philoxene enfurecieron al emperador bajo pretexto de que se había dejado engañar, y repartieron grandes cantidades de dinero entre el pueblo; es decir, lo sobornaron, lo que se hacía con frecuencia, como en el concilio de Éfeso (431), que declaró a María, Madre de Dios, donde ambos grupos, Cirilo de Alejandría y los de Antioquía, sobornaron a los asistentes. El soborno fue uno de los grandes cánceres de la sociedad bizantina. Forzaron a Flaviano a anatematizar a Calcedonia y, finalmente, le arrojaron de su sede. El emperador nombró a Severo, líder de los monofisitas intransigentes, obispo de Antioquía, quien se mostró cruel con los que no seguían sus doctrinas. El emperador explotó en

²¹ J.M. Blázquez, *Nuevos estudios sobre la romanización*, Madrid, 1989, 527-572.

²² J.R. Mattingly, *op. cit.*, 1206-1207.

cólera nuevamente y envió las cartas sinodiales por medio de unos clérigos y de las fuerzas imperiales. Ente esta situación, Saba y otros higumenos, arrojaron a los partidarios de Severo. Estuvieron presentes los *agentes in rebus*, los comandantes y los soldados enviados por el emperador. Severo anatematizó el concilio de Calcedonia e intentó que triunfaran las opiniones de Eutiques. Aprobó el segundo concilio de Éfeso, celebrado en 449, y blasfemó contra la Trinidad. Concedió el mismo valor a las enseñanzas de Cirilo de Alejandría que a las de Dioscoro, que depuso e hizo asesinar al obispo de Constantinopla, Flaviano. El fanatismo religioso fue tan cruel y feroz que no tuvo reparo en asesinar al contrario, aunque fue el obispo de la capital del Imperio. El emperador intentó forzar a Helias a que entrase en su comunión. Helias se negó, lo que enfureció al emperador, quien envió al *dux Palaestinae*, Olympos de Cesarea²³, a arrojar de su silla episcopal a Helias. Nueva intervención del emperador en el nombramiento y deposición de un obispo.

Olympos exiló a Helias a Aila, y en el año 516 colocó a Juan, hijo de Marciano, obispo de Jerusalem, en la sede episcopal. Había prometido admitir a Severo en su comunión y anatematizar el concilio de Calcedonia. Saba y otros ascetas lograron que Juan se retractara y que violase las promesas hechas al *dux* por respeto a los ascetas. Enterado Anastasio de que Juan había quebrantado sus promesas, envió al nuevo *dux Palaestinae*, Anastasios²⁴, para que Juan recibiera en comunión a Severo y anatematizara a Calcedonia, bajo pena de ser arrojado de la silla episcopal. Anastasios se presentó de improviso en Jerusalem y metió en la prisión del Estado al arzobispo de Jerusalem. La lucha se llevaba con gran intransigencia por parte del Estado. El emperador estaba totalmente decidido a implantar su credo, contrario a Calcedonia. El gobernador de Cesarea, Zacarías²⁵, visitó a Juan en prisión, y le aconsejó mantener su promesa al *dux* si no quería ser privado de su silla episcopal. Juan estaba dispuesto a cumplir lo que propusiera Zacarías. El *dux* restituyó a Juan en su silla episcopal. Una vez que Juan salió de prisión, reunió de noche a los ascetas, en número de 10.000, y al pueblo, en el convento de San Esteban. El *dux* Anastasios se encontró con el *consularis* Zacarías. El *dux* esperaba que se cumpliera la voluntad del emperador. El arzobispo subió al ambón rodeado de Teodosio y de Saba, líderes de los ascetas y, mientras el pueblo gritaba durante muchas horas anatemas para las herejías, los tres anamatizaron a Nestorio, a Eutiques, a Severo, a Soterichos y a los que si aceptaron Calcedonia. Teodosio anamatizó también a los que no aceptaron los cuatro concilios. El *dux*, temiendo a la multitud de los monjes, huyó a Casarea. Hypatios, sobrino del emperador, estaba presente, pues había salido de la prisión donde le metió Vitaliano, y había ido a Jerusalem a cumplir un voto. Era partidario de Severo, pero entró en comunión con los ascetas. Ofreció 100 libras de oro a la iglesia de Santa Anastasia, del Santo Calvario, de la Cruz, y otras 100 para distribuir a los monjes, a Saba y a Teodosio. El poder civil temía a los monjes. Procuraba tenerlos contentos, además de que podía haber razones religiosas en estos dones.

²³ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 804.

²⁴ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 78-80.

²⁵ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 1193-1194.

El emperador, airado, se preparó para obligar por la fuerza o exilarse a Juan, a Saba y a Teodosio. No cedía en su empeño. Tampoco cedían Teodosio y Saba, que reunieron a todos los monjes de los monasterios y enviaron una carta al emperador, de común acuerdo, que Cirilo copia íntegra y que pudo conocer en los archivos del monasterio. En ella, atacaron a Severo. Aceptan los concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Juan no fue arrojado de la silla episcopal de Jerusalem. La situación era delicada en ese momento, por los ataques de los bárbaros de Vitalieno.

Saba, en compañía de Esteban, higumeno del monasterio de Euthimio, y de Euthalios, higumeno de los monasterios de Helias, visitaron a Helias que se encontraba en Aila. Los monjes, no sólo procuraban estar en buenas relaciones con el poder civil, sin también con el religioso.

Anastasio murió por entonces. El retrato que hace Cirilo del emperador es duro. No cabe duda de que buscaba la paz de la Iglesia. El juicio sobre la política religiosa de este emperador, ha sido muy discutida.

El patriarca Pedro, que sucedió al obispo Juan (Cyrill. Scythop. *V. Sabae*, LXVIII) en la silla episcopal de Jerusalem, tributó a Saba los mismos honores que los patriarcas anteriores. Saba curó a su hermana, Hesychia, que se encontraba enferma.

En el año 531, el arzobispo Pedro y sus sufragáneos rogaron a Saba que se marchara a Constantinopla a solicitar de Justiniano que se suprimieran los impuestos de la Palestina Prima y Secunda, a causa de los saqueos y muertos motivados por la revuelta de los samaritanos (Cyrill. Scythop. *V. Sabae*, LXX). Se enviaba a un asceta de gran prestigio sabiendo que obtendrían del emperador lo que pidiese. El emperador, enterado de la llegada, envió las galeras imperiales para que Saba atravesara el Bósforo. Saba bendijo al emperador y a su esposa Teodora. Justiniano, enterado de la revuelta de los samaritanos, 529, ordenó matar a su cabecilla, Arsenios, que se refugió junto a Saba mientras éste se encontraba en Constantinopla. Los samaritanos eran perseguidos por los cristianos. Justiniano, al comienzo de su reinado, quitó a los samaritanos y, poco a poco, a todos los herejes, el derecho a recibir herencias y a transmitir sus bienes por donación o testamento a personas no católicas, como samaritanos, paganos y maniqueos. En el año 528, ordenó destruir todas las sinagogas de los samaritanos o construir otras²⁶. Los emperadores bizantinos imitan, en este punto, la política de Teodosio I.

Teodora era monofisita y favoreció a los monofisitas, que habían sido perseguidos por Justino. En el año 531 los monjes monofisitas volvieron. Ocho obispos seguidores de Severo también volvieron a Constantinopla, invitados por Justiniano, en compañía de varios cientos de mujeres. Todos estaban en buenas relaciones con la emperatriz, lo que indica que Justiniano era de criterio amplio, o que su esposa tenía un gran influjo sobre él, lo que es muy posible.

Justiniano (Cyrill. Scythop. *V. Sabae*, LXXII) llamó a Saba y le rogó que le pidiera lo que necesitaba para socorrer las necesidades de los monjes, para que los ascetas rogaran por el Imperio.

²⁶ A.J. Festugière, *Les moines d'Orient. III/2. Les moines de Palestine*, 100, nota 222; J.R. Martindale, *op. cit.*, 1028-1029.

Todos los emperadores tuvieron la costumbre de socorrer, a la larga y continuamente, a la Iglesia, y más a los monjes y pedirles sus oraciones. Al ser profundamente creyentes, estaban convencidos de que necesitaban las oraciones de los monjes para gobernar bien y obtener el favor divino. Saba no solicitó donativos para los monjes, sino que pidió la disminución de los impuestos públicos, que se reconstruyeran iglesias quemadas por los samaritanos y que se tuviera cuidado de los cristianos de Palestina, que habían sido empobrecidos y saqueados por los samaritanos. Pedro fundó en Jerusalem un hospital para socorrer a los peregrinos que enfermasen, construyó la nueva iglesia de la Madre de Dios, de la que el arzobispo Helias había puesto los cimientos y ordenó a Summo²⁷, que en 539 se encontraba al frente de las tropas romanas, construir con dinero del tesoro público, contra los samaritanos, un fuerte para defender en el desierto los monasterios fundados por él. Saba indicó al emperador que debía borrar las herejías –de Constantinopla y de toda la Iglesia–, de Arrio; de Nestorio, que tenía partidarios entre los monjes de Constantinopla, que seguían las doctrinas defendidas por Nestorio; de Teodoro de Mopsuestia, muerto en 428; de Diodoro de Tarso, fallecido en 394 y de Teodoreto de Cirro, muerto en 394, que eran los principales líderes de la escuela de Antioquía, rival de la de Alejandría; de Orígenes, que tenía seguidores entre los monjes²⁸, y todas las herejías. Saba pidió favores, no para él o sus monasterios, sino para otros, pues tenía la idea de que el emperador estaba obligado a socorrer a la Iglesia, promover las obras de beneficencia en manos de la Iglesia, y barrer las herejías. Estas ideas también las tenían los emperadores. Como puntualiza Cirilo de Scythópolis, seguían a Arrio los godos, los visigodos, los vándalos y los gópidos, asentados en el Occidente.

Justiniano accedió a las peticiones de Saba. El emperador ordenó al arzobispo Pedro y a los gobernadores de Palestina, que Antonio, obispo de Ascalón, y Zacarías, obispo de Pella, inspeccionasen los edificios quemados por los samaritanos en la Palestina Prima y Segunda en los años 530-531, y que rebajasen los impuestos según las pérdidas causadas en cada lugar. Las iglesias quemadas se repararon con los fondos del tesoro público, procedentes de los samaritanos, de lo que se encargaría el *comes* Stephanos²⁹, que después, en 555, fue asesinado en una revuelta de los samaritanos, además de socorrer a los obispos, seguía sus peticiones. También man-

²⁷ J.R. Mattingly, *op. cit.*, 1038-1039.

²⁸ S. Rubenson, *The Letters of St. Anthony. Origenist Theology and Monastic Traditions and the Making of a Saint*, Lund, 1990.

²⁹ La condena de Orígenes fue una grandísima catástrofe para el pensamiento cristiano, pues era el mayor coloso del cristianismo antiguo y uno de los mayores metafísicos que han aparecido. Hoy el catolicismo le estudia continuamente. Difícilmente puede considerarse hereje un hombre bien visto por Antonio, el fundador del monacato, que era un originista moderado (S. Rubenson, *op. cit.*); por Atanasio, el enemigo mortal de Arrio; por los Capadocios, que eran teólogos de primera fila; por Jerónimo, que lo recomendaba a las ascetas, aunque después cambió de opinión. La condena arranca de Epifanio de Salamina, en su *Panarion*. A partir de esta condena, el pensamiento cristiano se fosilizó, como ha sucedido hasta el s. XXI en la Iglesia Católica, con el establecimiento de la funesta Inquisición, que es el cementerio de la cultura católica; con las continuas y duras condenas de los modernistas, de los que se ha investigado a fondo su pensamiento y no tienen herejía ninguna; con las condenas a la modernidad y con la publicación del Syllabus por los papas; con las condenas de más de 500 pensadores católicos por Ratzinger, que ha laminado el pensamiento católico eclesialístico. Todo lo cual ha esclerotizado el pensamiento de la Iglesia Católica desde hace siglos.

dó que se fundara un hospital de 100 camas, y que se asignara para el primer año, un ingreso libre de impuestos de 1850 monedas de oro. Dispuso enseguida que las camas del hospital ascendieran a 200, y los ingresos, libres de impuestos, serían los del mismo año. Dispuso que un ingeniero, de nombre Teodoro, levantara la nueva iglesia de la Virgen María, que fue consagrada en 543, ordenando a los *tractores* de Palestina, que eran los directores de la administración fiscal de la prefectura de Oriente, que proporcionasen las sumas necesarias para la construcción. Baracos, obispo de Bakatha, presidiría los trabajos de la construcción, que tardó doce años en ser terminada y era magnífica. Finalmente, ordenó a Summo que enviara a Saba, de los fondos públicos de Palestina, 1000 monedas de oro para la construcción de un fuerte, y que una guardia de soldados mantenidos por el tesoro público, vigilase los monasterios de Saba. Todos estos asuntos los arregló Justiniano con Trebuniano, que desde 529 era *quaestor sacri palatii*, es decir, era el encargado de redactar las leyes y respuestas a las peticiones, y fue en gran medida el que redactó el *Corpus Iuris* justiniano (Cyrill. Scythop. V. *Sabae*, LXXIV)³⁰.

En el quinto concilio ecuménico reunido en Constantinopla convocado por el emperador, que era el único que tenía atribuciones para convocarlos, como ya se dijo, Justiniano ordenó al patriarca Eustoquios convocar un concilio ecuménico. El abad Conón envió a Eustaquios a Jerusalem y le pidió enviar a Constantinopla a Eulogios, higumeno del monasterio de Teodora. Eustoquios envió tres obispos para reemplazarle en el concilio y al abad Eulogios con dos higumenos, Ciriaco y el estilista Pancrace. El concilio de Constantinopla anatematizó las doctrinas de Orígenes sobre la preexistencia de las almas y la apocatástasis, de Teodoro de Mopsuesta, de Evagrio y de Dídimo. Como el patriarca Eustoquios no pudo atraer a la fe católica a los de la Nueva Laurea, siguiendo órdenes imperiales, encargó al *dux* Anastasio expulsar a los de la Nueva Laurea.

En las últimas breves bibliografías sobre los monjes de Palestina, se pueden entresacar algunos datos sobre el tema de este trabajo. Así, en la *Vida de Teodosio* (V), se lee que Mamas, que fue cubiculario del emperador Anastasio y que llegó a desempeñar uno de los más altos cargos en Bizancio como *praepositus sacri cubiculi*, hizo, al monasterio de su tío, Sophronios, un muy rico presente. El emperador Anastasio (Cyrill. Scythop. V. *Theod*, 54-70), del que Cirilo de Scythópolis trazó un retrato nada favorable en lo referente a los asuntos religiosos, intentó seducir a Teodosio enviándole un presente de 30 libras de oro, para socorrer a los enfermos y a los pobres. Teodosio no se doblegó. Reunió a los monjes del desierto, y determinaron que el archimandrita Teodosio y otros higumenos del desierto redactaran una carta y la enviaran al emperador Anastasio, de lo que Cirilo de Scythópolis dio un extracto en el que condena a los causantes de las principales herejías. La carta está redactada con gran libertad de palabra, como solían hacer los ascetas siempre que se dirigían al emperador. Anastasio contestó a Teodosio, recordándole que algunos monjes y clérigos defensores de la ortodoxia habían promovido escándalos, que sólo buscaban obtener los primeros puestos y que querían comprender los misterios. Anastasio

³⁰ Se prescinde de las luchas origenistas dentro del monacato oriental y de la intervención de Justiniano, por haberlo tratado en otro trabajo: J.M. Blázquez, *Bandue*, 1, 2007. En prensa.

continuó promulgando decretos imperiales contra la ortodoxia y contra Teodosio, que habló con gran libertad de expresión desde el ambón de Santa Anastasia, anatemizando a los que no aceptaran los cuatro concilios ecuménicos, y colocó sus nombres en los sagrados dípticos. Recorrió las ciudades acompañado de los monjes, predicando contra la herejía y proclamando la fe ortodoxa, atacando las doctrinas de Nestorio, de Eutiques, de Dioscoro y de Severo. El emperador promulgó un decreto desterrando al santo asceta.

A Teodosio acudían, como a otros santos varones del desierto, algunas damas de la alta sociedad bizantina, como lo hizo una, perteneciente a los apectabiles de Alejandría, lo que salvó a su único hijo, caído en un pozo (Cyrill. Scythop. *V. Theod.* 77-79). En agradecimiento, la dama le envió alimentos para socorrer a los pobres durante el resto de su vida. El discípulo de Teodosio, Juan, arzobispo de Bosra, fue desterrado por el emperador por no proferir su fe (Cyrill. Scythop. *V. Theod.* 8). Muerto el emperador, fue restituido en su puesto.

El último caso de relaciones del santo asceta con un alto funcionario del Imperio Bizantino que cuenta Cirilo de Scythópolis (*V. Theod.* 83-84), es el de Kerykos, *comes* del Oriente, que fue a Jerusalem, visitó al santo asceta y le pidió la camisa que vestía, con lo que logró una gran victoria sobre los persas. En agradecimiento, de su propia fortuna, entregó al monasterio de Teodoro los bienes llamados *coronae* y *antecoronae*.

Teodoreto de Cirro, hacia el año 443, escribió la *Historia de los monjes sirios*³¹, donde se recogen algunos datos de las relaciones de los ascetas sirios con el Estado bizantino.

El asceta sirio Juliano, profetizó la muerte del emperador Juliano (360-363) en lucha contra los persas³². El *comes* del Oriente acudió a Juliano en demanda de salud³³. Es uno de tantos altos funcionarios bizantinos que acudieron a un santo asceta. Otro caso parecido es el de un noble de Berea de Siria, que había tenido mando militar, que visitó al asceta Marciano con su hijo, que deliraba y era poseído por el diablo. El asceta lo curó³⁴.

Los ascetas sirios no aceptaban regalos de lujo de los altos funcionarios. Antemios, que desempeñó altas magistraturas del Estado, pues en 400 fue *comes sacrarum largitionum*; en 404, *magister officiorum* y *praefectus praetorio Orientis* y en 405, cónsul³⁵, trajo de Persia un vestido persa para regalarlo al asceta Afraate, que no lo aceptó³⁶. Teodoreto³⁷ cuenta un encuentro de Valente, perseguidor de la fe ortodoxa, con Afraate, que andaba por las ciudades defendiéndola. El emperador preguntó por qué no se estaba tranquilo en el desierto, a lo que el santo varón respondió que, si una muchacha estaba en casa y veía quemar la casa de sus padres,

³¹ A. Gallico, *Teodoreto di Cirro. Storia dei monaci siri*, Roma, 1995.

³² Teodoreto, *HM.* II. 14; *HE.* 4. 19.

³³ Teodoreto, *HM.* III. 20. 21.

³⁴ Teodoreto, *HM.* III. 9.

³⁵ J.R. Martindale, *op. cit.*, 93-95.

³⁶ Teodoreto, *HM.* VIII. 4.

³⁷ Teodoreto, *HM.* VIII. 8; *HE.* 4. 23.

podía quedarse tranquila en ella y no acudir a apagar el fuego, que era lo que hacía él. La enemistad contra Valente no le impidió curar un caballo del emperador, que estaba enfermo³⁸. El poder de los grandes ascetas llegaba hasta los animales. A un estratega que tenía una doncella a su servicio, que se marchó a un monasterio de mujeres y la sacó de él, Dios le castigó, quedando ciego³⁹.

El asceta Macedonio salvó la ciudad de ser completamente destruida por orden del emperador Teodosio I. La ira del emperador venía motivada por el hecho de que la ciudad de Antioquía, furiosa por la imposición de nuevos tributos, destruyó la estatua de bronce de Elia Flacila, esposa del emperador. Fueron enviados, el estratega Ellebico y Cesario⁴⁰, que a la sazón era *magister officiorum*, con la orden de arrasar completamente la ciudad, lo que no se hizo por la intervención del asceta Macedonio⁴¹. La mentalidad de la época, que veía la intervención del diablo en cualquier suceso, queda reflejada en este acontecimiento. Tanto Libanio, el mejor retórico de todo el Oriente pagano (*Autobiografía*, a 252; *Discursos*, 19. 7-8), como Juan Crisóstomo (*Sobre las estatuas*, 21. 1-2) y Teodoreto de Cirro, veían la intervención del diablo en este suceso. La eficacia taumatúrgica de Macedonio se manifestó en curar a la esposa de un noble, enferma por comer 30 pájaros al día. Unos interpretaban la enfermedad como obra del diablo; otros como una simple enfermedad física. El santo varón la curó haciendo sobre ella el signo de la cruz⁴².

Teodoreto⁴³ cuenta un caso que demuestra la alta estima que los emperadores tenían de los líderes del monacato. Teodosio II llamó a Abramio, pues deseaba verlo debido a la fama de que gozaba. Lo abrazó y se quedó con la soja *sisira*, que era el manto hecho de piel propio de los esclavos y de los campesinos. Las emperatrices, que serían Eudocia, nombrada augusta en 423, esposa del emperador; Pulqueria, augusta desde 414, tía del emperador, o sus hermanas, Marina y Arcadia, le tocaban las manos y las rodillas, y suplicaban a un hombre del que no entendían la lengua, que era la siria.

Dos últimos casos de estas relaciones de ascetas sirios con el emperador o con funcionarios imperiales, los cuenta Teodoreto en su *Historia de los monjes sirios*. A Jacobo⁴⁴ lo visitó un *exactor* de impuestos militares. El asceta estaba cenando lentejas y le invitó a comer. Teodoreto cuenta de Simeón que escribió al emperador sobre problemas religiosos, y a los funcionarios los invitaba a venerar a Dios. No tenía ningún escrúpulo en dirigirse con toda libertad al emperador para tratar sobre las herejías, o a los funcionarios para estimularlos a la virtud.

El estudio de las relaciones entre el monacato oriental y el Estado, es un tema fundamental para comprender aspectos claves de la religiosidad de la Tarda Anti-

³⁸ Teodoreto, *HM*. VIII. 11-13.

³⁹ Teodoreto, *HM*. IX. 12.

⁴⁰ Son muy alabados por Libanio (*Disc.* 21-22); los menciona Teodoreto en *HE*. V. 19. El primero era estratega, el segundo *magister officiorum*.

⁴¹ Teodoreto, *HM*. XIII. 7.

⁴² Teodoreto, *HM*. XII. 9.

⁴³ Teodoreto, *HM*. XVII. 9.

⁴⁴ Teodoreto, *HM*. XXI. 14.

güedad. No se puede entender bien una sociedad, ni se comprende la religiosidad que practica y su funcionamiento. Estas relaciones son de carácter religioso, social y económico. El impacto del monacato en todo el Occidente y en el Oriente que ha llegado hasta hoy, ha sido enorme. Es fundamental para conocer los orígenes del Islam.

La religiosidad de Muhammad

La religiosidad de Muhammad ofrece muchos puntos de contacto con el monacato oriental, al igual que Jesús con los apocalípticos judíos. Los primeros cristianos que trataron del Islam lo consideraron una herejía del cristianismo. No lo consideraron un peligro. No se inquietaron. La actitud cambia cuando vinieron musulmanes bien preparados. Juan Damasceno⁴⁵, que vivió muchos años en la corte de los Omeyas, donde su padre y él desempeñaron importantes cargos en el gobierno, conocía magníficamente el Corán y se relacionó con muchos musulmanes. Juan Damasceno redactó dos escritos, *El libro de las herejías* y *La controversia entre un musulmán y un cristiano*, sobre el Islam, después del 746 estando ya de monje en Jerusalem, y sus recuerdos remontan a más de treinta años antes. Contiene algunas imprecisiones o errores. Ello no se debe a mala fe o a que estuviera mal informado. Presenta el Islam para sugerir dialogar con él. Recoge las creencias y doctrinas musulmanas que se oponen a la ortodoxia y a la moral cristiana.

Un buen conocedor del Islam y del cristianismo en tiempos de Muhammad, Tor Andrae⁴⁶ opina que no se puede conocer el Islam sin conocer el ascetismo sirio, pues tiene muchos puntos comunes, como son: Muhammad se retiró a una montaña y a cuevas, como muchos ascetas orientales. Recibe revelaciones en sueños, igual que los ascetas. En ambos movimientos religiosos, la demonología, la angeología, la oración, las limosnas, la idea del Juicio Final y del infierno, desempeñan un papel importante. Los ascetas continuamente aplican a Dios los epítetos de El Clemente, El Misericordioso y Creador del Mundo, al igual que Muhammad. Ambos iban contra el paganismo y tenían un celo fanático por la causa de Dios. Los dos son profundamente religiosos y llaman a María, la Madre de Jesús, la Virgen María. Muhammad siempre afirma

⁴⁵ R. Le Coz, *Jean Damascène. Écrits sur l'Islam*, París, 1992; D.J. Sahas, *John of Damascus on Islam. The Heresy of the Ismaelites*, Leiden, 1972; AA.VV., *Giovanni di Damasco, un padre al sorgere dell'Islam*, Magnano, 2006. Principalmente D.J. Sahas, "L'Islam nel contesto della vita e della produzione letteraria di Giovanni di Damasco", 87-115.

⁴⁶ Tor Andrae, *Mahoma 1-2*, Madrid, 1991; Id., *Les origines de l'Islam et le christianisme*, París, 1995; M. Masson, *Le Coran et les révélations judeo-chrétiennes. Études comparées*, París, 1998, I-II. Sobre los primeros autores cristianos y el Islam, véase: F.J. Martínez, "La literatura apocalíptica y las primeras reacciones cristianas a la conquista islámica en Oriente", G. Anes y Álvarez de Castrillón (coord.), *Europa y el Islam*, Madrid, 2003, 143-223; M. Viguera, "Textos árabes medievales e imágenes del otro cristiano", *Hesperia, Culturas del Mediterráneo*, 2006, 199-214; A. Havenith, *Les arabes chrétiennes nomades au temps de Mohamad*, Lovaina la Nueva, 1988. Se han publicado varias vidas de Muhammad. Baste recordar, por ser de las últimas: M. Lings, *Muhammad. Su vida, basada en las fuentes más antiguas*, Madrid 1989; Ch.M. Guzzetti, *Mahoma. Biografía del profeta*, Barcelona, 2005, con la *bibliografía fundamental*.

que María concibió a Jesús por obra del Espíritu Santo. Carece de base alguna la tesis, defendida hace siglos, de que fuera un falso profeta, un impostor o un falsario. Juan Damasceno le tiene por falso profeta, sin duda desde el punto de vista cristiano. Muhammad estaba totalmente convencido de que había recibido una revelación de Dios para corregir las desviaciones de judíos y de cristianos.

La manera de rezar los musulmanes, levantándose, arrodillándose y tocando la frente con la tierra y las manos levantadas, se encuentra también entre los monjes orientales. Muhammad tuvo a Jesús por un grandísimo profeta y por profeta le tuvieron sus contemporáneos (Lc. 7. 16; Jn. 4. 19; 9. 17; Mt. 21. 11).

D.J. Sahas, el mejor conocedor de Juan Damasceno considera características monásticas de la vida ritual islámica las postraciones, la plegaria frecuente de día y noche, las abluciones, los ayunos, las vigiliat, etc. Este autor señala el profundo influjo ejercido por el monacato oriental sobre Muhammad, sobre los primeros musulmanes y sobre el Islam de todos los tiempos.

Según Muhammad, Cristo no murió en la cruz, y los sufrimientos sólo fueron aparentes, doctrina típicamente docetista. Dios le llevó al cielo. Cristo es la palabra de Dios, espíritu y servidor de Dios, mensajero y Mesías. J. Damasceno⁴⁷ admite que Muhammad conocía el Antiguo y el Nuevo Testamento, muy utilizados por los monjes del Oriente, que los leían continuamente, los sabían de memoria y mencionan con frecuencia a personajes del Antiguo Testamento, en el Corán. Muhammad es el último gran profeta del monoteísmo judío. Después de él no ha venido ninguno. Su cristología es la de los ebionitas. Jesús es un grandísimo profeta, pero no es Dios. Al no serlo, se caen las ideas de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención. Los ebionitas, grupo judeo-cristiano, creen que Jesús es un simple hombre. Vivían según la ley mosaica y rechazaban a Pablo. Orígenes (In. Job I. 12), menciona un Evangelio según los hebreos que, frecuentemente, los ebionitas creían en la muerte aparente de Jesús en la cruz⁴⁸. Están citados por vez primera por Ireneo de Lión entre los años 180-185 en su tratado contra *Las herejías* (I. 26. 2; III. 15. 1; V. 1. 3), y a finales del s.II en las cartas falsas de Ignacio (*Ad Magn.* 8-10). Se ha propuesto que la profetología del Corán es ebionita. Recientemente se ha propuesto la tesis de que toda la concepción de Dios de Muhammad, es la misma que la del *Evangelio de los samaritanos*⁴⁹.

La cristología de los nestorianos, tal como la presenta Teodoro de Mopsuestia, está próxima a la del Islam. Esta cristología la pudo conocer Muhammad en Siria. Insistía en la naturaleza humana de Cristo, que es completa. Teodoro de Mopsuestia era bien conocido en Oriente, y fue condenado por los monjes del Oriente con frecuencia. Los nestorianos, poco antes de la conquista musulmana, extendieron el cristianismo entre las tribus árabes, y crearon un reino que se extendía desde el sur del actual Irak hasta el centro de Arabia. El desierto de Irak, de Transjordania y de Siria estaba ocupado por árabes cristianizados, que seguían las creencias monofisi-

⁴⁷ *Libro de las herejías* 1.

⁴⁸ L. Petri (coord.), *op. cit.*, 294-318. Sobre ebionitas y elkasaitas.

⁴⁹ A. Elorza, "La génesis del Islam", *Claves* 151, 2005, 24-30.

tas, nestorianas, calcedonianas y otras. Los árabes cristianos, probablemente veían el Islam como una nueva versión del cristianismo.

Juan Damasceno vincula al Islam con el maniqueísmo, contra el que luchó. Observa en el Islam un rebrote del maniqueísmo a propósito del bien y del mal. Además, Juan Damasceno señaló claramente la vinculación del Islam con varias herejías cristianas. Para él y para su discípulo, Abu Qurrah, el Islam produce la impresión de ser una síntesis de maniqueísmo, de nestorianismo, y de arrianismo.

El texto anónimo que lleva por título *Contra Muhammad*, fechado en los siglos X-XI, menciona un monje jacobita o monofisita, que eran muy numerosos en Siria, que se relacionó con Muhammad.

Juan Damasceno⁵⁰ da un dato importante: que, con seguridad, Muhammad frecuentó un monje arriano. A sus enseñanzas se podía deber la creencia de Muhammad de que Jesús es sólo hombre.

Muhammad visitó Siria y conoció al monje nestoriano Bahira. Puede ser una tradición cristiana, pero es más probable que sea musulmana, para afirmar que, de niño, ya fue reconocido como profeta. Muy probablemente, visitó Siria varias veces. Durante los quince años que fue esposo de una rica comerciante, Khadija, es posible que, por motivos de negocios, fuera a Siria. Un eco de estas visitas queda en la tradición musulmana que, en miniaturas, presenta a Muhammad dialogando con monjes⁵¹. Otras veces, se le representa cabalgando junto a Cristo⁵², lo que es prueba del gran aprecio que Muhammad tenía de Cristo, y que se ponía al mismo nivel profético de Jesús.

La concepción del Paraíso con huríes que se lee en el Corán, remonta a Efrén, sirio que tuvo mucho impacto en el monacato sirio y que es el único escritor cristiano que se imagina el Paraíso con placeres sexuales, en el *Himno al Paraíso*⁵³.

Los *Himnos del Paraíso* de Efrén (306-373) son las piezas fundamentales de la vida en la iglesia siria, en los que se mencionan también placeres carnales. “Yo vi en las mansiones de los justos y a ellos mismos chorreando unguentos, exhalando perfumes, enguirlnaldados de flores, coronados de frutas... Cuando se recuestan a la mesa los árboles dan sombras en el aire. Las flores brotan entre ellos. Las frutas sobre ellos. Su techo es de frutas. Sus alfombras flores... Rápidos vientos delante de ellos están dispuestos a servirles. El uno exhala saciedad, el otro hace fluir bebidas. Un hálito de viento está lleno de óleo, lleno de unguento. ¡Quién vio jamás servir a los vientos! ¡O soplos de viento que se pueden comer y beber! Aquí dan los vientos de un modo espiritual a seres espirituales sustento. Es un festín y sin esfuerzo y en que las manos no se fatigan. ¡Piensa, oh, viejo, en el Paraíso! Cuando su aliento te refresca, que un día y sus perfumes te rejuvenezcan, tus manchas desaparecerán en

⁵⁰ *Libro de las herejías* 1.

⁵¹ Mircea Eliade, *Historia de las creencias religiosas y de las ideas religiosas. III/1. De Mahoma a comienzos de la modernidad*, Madrid, 1983, 360, fig. 31; Zeren Tanindi, *Siyer-i Nebî. An Illustrated Cycle of the Life of Muhammed and Its Place in Islamic Art*, Eylül, 1984, lám. 12.

⁵² Mircea Eliade, *op. cit.*, 260, fig. 30.

⁵³ R. Lavenant, *Ephren de Nisibe. Hymnes sur le Paradis*, París, 1968, 103-104. Esta interpretación de Tor Andrae ha sido atacada.

la belleza que te rodea. Sus mejillas que estaban llenas de arrugas se han vuelto hermosas y radiantes. Es un símbolo místico de cómo ha de rejuvenecerse la vejez en el Paraíso... A quien en la tierra se ha abstenido del vino, a ese anhelan las cepas del Paraíso. Cada una le alarga una uva colgada. Y si alguien ha vivido casto, le reciben las mujeres en su puro seno, porque como monje no cayó en el seno ni en el lecho del amor terreno”.

Estas concepciones son las que subyacen en las ideas del profeta Mahoma sobre el Paraíso, situado en las alturas, como en la visión de Saturo, que concibe el cielo en una colina. Mahoma piensa en un paraje delicioso, regado por ríos, donde crecen frondosos árboles. Los frutales dan sombra a los participantes en el banquete celestial. Parras, palmeras, plátanos y granados se inclinan al paso de los que quieren coger sus frutos. Los bienaventurados comen carnes de toda especie. De ellos jóvenes escancian una bebida deliciosa. Como esposas reciben a las huríes de ojos negros (2,23, 3,13; 4,60; 10,9, 13,23-24; 19,61-63; 35,54-55; 37,48-39; 38,50; 39,21; 41,33; 47,50; 55,46-78; 56,14-39; 57,21; 76,11-23).

La concepción del Paraíso musulmán ha quedado bien reflejada gráficamente en los mosaicos de la Mezquita de Damasco⁵⁴, que es una concepción próxima a la que tenían los cristianos del Oriente, reflejada en los mosaicos de las iglesias cristianas⁵⁵.

Excelentes concededores de la Iglesia Antigua, como Schlatter, A. v Harnadk, J. Schoeps y el teólogo católico H. Küng⁵⁶ han señalado una gran influencia del judeo-cristianismo sobre el Corán. Según Schlatter, Muhammad recogió el patrimonio preservado de los judeocristianos, su conciencia de Dios, su escatología, que anunciaba el Día del Juicio, sus costumbres y sus leyendas, y, en calidad de enviado de Dios, instituyó un nuevo apostolado. Muchos aspectos de los judeocristianos han llegado al s. XXI a través del Islam. Los *nasara* del Corán son los nazarenos, que después son llamados cristianos, es decir, los judeocristianos. Estos son la Iglesia de Jerusalem. Es

⁵⁴ J. Hellenkemper, “Die Mosaiken der Grossen Mosche von Damaskus”, *XXX Corso di cultura sull’arte ravennete e bizantine. La Siria araba di Roma a Bizancio*, Ravenna, 1985. Esta es la tesis, que creemos muy acertada, también de E. Borch-Supan y de B. Finster. Una representación del Paraíso islámico entre árboles se halla en una miniatura del Turkestán occidental: A. Bausani, *L’Islam*, Milán, 1999, lám. XI. Otras representaciones en Zeren Tanindi, *op. cit.*, láms. I, III. H. Stierlin, *El Islam desde Bagdad hasta Córdoba. Las edificaciones de los siglos VII al XIII*, Colonia 1997, 57, también acepta que se representa en la Mezquita de Damasco el Paraíso. Otra representación del Paraíso en una ilustración del *Miraj Namah* de Herat, del siglo XV (H. Stierlin, *Islamic Art. The Influence of Persian Architecture from Isfahan to the Taj Mahal*, Vercelli 2002, 303). Un dibujo anónimo, de 1436, de la Escuela Herat, muestra al arcángel Gabriel señalando a Muhammad, que cabalga Buraq, el árbol de las joyas del cielo (B.W. Robinson, *Persian Drawings from the 14th through the 19th Century (Drawings of the Masters)*, Nueva York 1965, 48, lám. 16. Un anónimo de estilo Qazwin, de 1560, representa la ascensión del profeta Muhammad al cielo (*Ibidem*, 74, lám. 12).

⁵⁵ J.M. Blázquez, “Oficios cotidianos en los mosaicos del Oriente”, *Anas* 13, 2000, 23-56.

⁵⁶ *Islam. Passato, Presente e Futuro*, Milán, 2004, 59-64, con la bibliografía fundamental comentada. En las páginas 618-636, el autor hace una buena síntesis de la exégesis crítica y de la hermenéutica del Corán; Id., *El cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid, 1997, 117-123; S.C. Minoumi, F. Stanley Jons (eds.), *Le judeo-christianisme dans tous ses états*, París, 2001. Sobre los evangelios apócrifos judeocristianos, véase: M. Graveris, *I Vangeli Apocrifi*, Turín, 1990, 261-280. En págs. 261-264, el Evangelio de los ebonitas; L. Moraldi, *Apocrifi del Nuovo Testamento. Vangeli*, Casale Monferrato, 1994, 445-447. De los ebonitas: S.C. Minoumi, *Le judeo-christianisme ancien. Éssais historiques*, París, 1998.

una corriente protocristiana, y el primer paradigma del cristianismo. Seguían la ley mosaica en lo referente a fiestas, circuncisión y prescripciones sobre la pureza. Los elkesaitas serían unos judeocristianos influidos por ideas gnósticas y sincréticas. Justino, hacia el año 150, es el primero que menciona a los judeocristianos y los divide en dos grupos: unos siguen la fe ortodoxa, otros son legalistas y los autores cristianos los han considerado herejía. Reconocen la figura de Cristo en cuanto Mesías, e imponen la observancia de la ley y siguen una cristología de influjo hebraico. Unen la fe en el Cristo/Mesías y la observancia de la ley. Epifanio de Salamina (374-377) considera herejes a todos los judeocristianos.

Se ha observado una convergencia de ideales entre el monacato sirio-palestino y la aparición del movimiento sufí.

La mística musulmana es una de las grandes cumbres de la mística humana de todas las épocas, que, posiblemente, influyó mucho en la mística cristiana. Lo que habla muy alto de la religión islámica. Muhammad, Jesús y Buda son los tres grandes genios religiosos que ha dado la humanidad⁵⁷.

En la *Exposición de la fe ortodoxa* (14) cataloga Juan Damasceno los epítetos y atributos de Dios, la mayoría de los cuales puede repetir los musulmanes.

Algunos episodios de la vida de Muhammad, tienen paralelos en la vida de Jesús, y presuponen el conocimiento de creencias cristianas, como Muhammad apenas nacido es mostrado en brazos de la madre a los habitantes de la Meca y al abuelo Abd-al-Muttalib en una miniatura fechada en los siglos XV-XVI, conservada en el Museo Topkapi de Istanbul⁵⁸; la ascensión de Muhammad al cielo⁵⁹; la visita de Muhammad al infierno, durante su viaje a la ultratumba, en una miniatura de un manuscrito persa del s. XVI, hoy en la Biblioteca Nacional de París⁶⁰; el ángel Israfil toca la trompeta en el Juicio Universal, según una miniatura del s. XIV, conservada en la Biblioteca Nacional de París⁶¹.

Estos influjos no ponen en duda la autenticidad de la revelación coránica. El Islam no es una herejía del cristianismo, como defendió Juan Damasceno, sino una cristología de origen judeocristiano. D.J. Sahas tiene a Muhammad por un simple judeo-cristiano.

⁵⁷ J. Baldick, *Mystical Islam. An Introduction to Sufism*, Londres, 1992; L. López-Baralt, *San Juan de la Cruz y el Islam*, Madrid, 1990; E. de Vitray-Meyerovitch, *I mistici dell'Islam. Antologia del sufismo*, Parma, 2002; M. Asín Palacios, *Vidas de santones andaluces. La "epístola de la santidad" de Ibn 'Arabi de Murcia*, Madrid 1981. M. Abumalham (coord.), *Textos fundamentales de la tradición religiosa musulmana*, Madrid 2005.

⁵⁸ A. Bausani, *op. cit.*, lám. II.

⁵⁹ A. Bausani, *op. cit.*, lám. IV; D.J. Roxburgh, *Turks. A Journey of a Thousand Years, 600-1600*, Londres, 2005, 199, fig. 44; Zeren Tanindi, *op. cit.*, lám. 38. A. Papadopoulo, *El Islam y el arte musulmán*, Barcelona 1997, fig. 531. Otra ilustración en una miniatura persa del siglo XVI. V. Scerrato, J. Johansen, *Grandes civilizaciones. Islam*, Verona 1972, 17-18. Miniatura de Abd-al-Razzaq, de un manuscrito de Herat, realizado entre 1494-1495, copia de la Khamsa. Los Cinco Poetas, obra del famoso poeta persa Nizami Ganjavi (1141-1204). El primer poema canta la ascensión al cielo de Muhammad, desde la Ka'aba. El viaje se realizó de noche, la cabalgadura del profeta, Buraq, tenía cuerpo de caballo y cabeza de ángel.

⁶⁰ A. Bausani, *op. cit.*, lám. V.

⁶¹ A. Bausani, *op. cit.*, lám. X.